

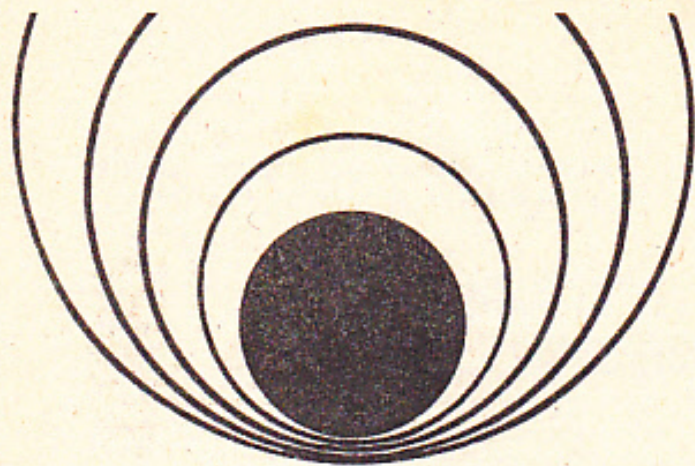
BOLSABROS
EFUGUERA

PUNTO
ROJO

TRAFICANTE DE VIDAS

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
TRAFICANTE DE VIDAS

Colección PUNTO ROJO n.º 1.073
Publicación semanal



BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.821 — El tesoro de Matt Lone.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.677 — Luto por una rubia tonta.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL.

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.070 — Línea recta: La muerte.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.555 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1982

2.a edición en América: mayo, 1983

© Clark Carrados - 1982

texto

© Company - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

CAPITULO PRIMERO

La muchacha era alta, delgada, esbelta, con una figura merecedora de la primera página de alguna revista importante. Tenía el pelo de color rubio oscuro, como de bronce, y parecía realmente de metal, debido a que lo llevaba muy corto, lo que dejaba al descubierto una garganta de cisne y unas orejas pequeñas y muy bien conformadas. El cabello no era totalmente liso, sino ligeramente ondulado, sin que en ello interviniesen fuerzas ajenas a la naturaleza.

El tiempo era espléndido y por ello vestía un sencillo traje estampado, de tonos discretos y manga corta. Al verla, Dennis Teal se quedó embozado.

—Mi madre —exclamó—. Cosas así sólo salen una de cada cien millones.

Casi sin darse cuenta, había hablado en voz alta y ella le oyó, lo que provocó una ligera sonrisa en unos labios de color muy vivo, con escaso carmín. Ella caminaba con paso largo y fácil, pero que, sin embargo, no tenía nada de hombruno.

Pendiente del hombro llevaba su bolso. En las manos portaba un gran sobre de papel fuerte y color amarillento.

—Me gustaría volverla a ver —se dijo Teal.

Y, en aquel instante, ocurrió algo insólito.

Un individuo se acercó a la muchacha y, de un tirón, le arrebató el sobre, echando a correr de inmediato.

Ella gritó:

—¡Ladrón! ¡Deténgase!

Apenas un segundo más tarde, dos sujetos, vestidos con cazadoras de cuero negro y largas melenas, se arrojaron sobre la muchacha, que se disponía a correr detrás del ladrón del sobre, y le arrancaron el vestido a tirones.

El traje quedó hecho trizas en contados segundos. Ella gritó, chilló y se debatió, pero todo fue inútil. Ajenos a sus protestas, los dos individuos, culminaron su labor con enorme rapidez. Luego se dieron a la fuga.

Ella quedó en medio de la acera, vestida solamente con el sostén y las bragas, además del portaligas que sostenía las medias de color gris claro.

En el rostro de la joven apareció una expresión de profundo desconcierto y también de vergüenza por hallarse en aquella situación. Los dos desaprensivos habían escapado, llevándose los trozos del vestido y perdiéndose entre la multitud en unos instantes.

La gente empezó a rodear a la atribulada muchacha, que no sabía qué hacer.

—Se necesita frescura —dijo una matrona de mediana edad.

—Eso es una inmoralidad —protestó un severo caballero, ya entrado en años.

—Algunas no saben qué hacer para llamar la atención.

—Debe de ser una artista que quiere promocionar su próxima película.

—No; es un anuncio de ropa interior...

Teal había contemplado la singular escena, sin tiempo para intervenir. Pero se dio cuenta de que los apuros de la chica no eran fingidos, sino que le había sucedido algo real, aunque no comprendía los motivos. La muchacha continuaba todavía en el mismo sitio, buscando con la mirada a alguien que pudiera ayudarla en tan enojosa situación.

Avanzando hacia ella, apartó a unos cuantos curiosos y la agarró por un brazo.

—Venga conmigo, señorita —dijo.

Ella le miró y reconoció al hombre que había pronunciado momentos antes una frase que tanto le había agradado. El instinto le dijo que debía confiar en aquel joven y asintió con leve gesto.

De pronto, alguien protestó:

—Eh, oiga, deje que sigamos viendo. No tiene derecho a quedarse con algo que pertenece a todos...

—A ti te pertenece otra cosa —dijo Teal.

Soltó el brazo de la joven, disparó el puño derecho y el individuo se desplomó al suelo.

—Vamos, señorita —exclamó, empujándola con firmeza—. Tengo mi coche aquí cerca y algo con lo que podrá cubrirse.

La muchacha accedió. El coche de Teal se hallaba a una docena de pasos. El abrió la portezuela, sacó un impermeable y le ayudó a ponérselo. Ella le miró agradecida.

—No sé cómo darle las gracias, señor...

—Teal, Dennis Teal —sonrió el joven.

—Me llamo Myrna Cleveland. Créame, no comprendo en absoluto lo que me ha pasado. Ignoro por qué me robaron el sobre que llevaba y luego me dejaron casi desnuda, en medio de la calle. No puedo encontrar una explicación satisfactoria, se lo aseguro.

Teal sonrió.

—No se preocupe —contestó—. Si me lo permite, la llevaré a su casa...

—Preferiría ir a ver a mi jefe. Debo explicarle lo sucedido —manifestó la muchacha.

—Oh, no era suyo el sobre.

—No. Mi jefe me encargó que fuera a buscarlo... Creo que contenía unos documentos muy importantes, pero eso es todo lo

que sé.

—¡Hum! —dijo Teal—. Yo diría que se trata de un caso de espionaje industrial, señorita Cleveland. Ahora bien, para evitar que su jefe piense mal de usted, si me lo permite, la acompañaré y le serviré como testigo.

—No sé cómo darle las gracias —contestó ella, muy conmovida.

Teal abrió la portezuela del coche.

—Indíqueme la dirección y no se preocupe de más —dijo.

Un cuarto de hora más tarde, se apeaban del coche, frente a un edificio en donde la mayoría de sus plantas estaban destinadas a oficinas comerciales. Myrna se ajustó el cinturón del impermeable.

—Luego tendré que ir a mi casa para ponerme algo de ropa. Le devolveré el impermeable en cuanto me sea posible, señor Teal. Créame, no sabe cuánto lamento las molestias que estoy causando.

—No debe afligirse por tan poca cosa, señorita Cleveland. Peor es lo que le ha pasado a usted, y si su jefe es mínimamente comprensivo, sabrá disculparla. Lo peor de todo es la pérdida del sobre. ¿Contenía algo importante?

—No lo sé —respondió ella—. Mi jefe me encargó que lo recogiera hoy y que se lo trajera a la oficina, eso es todo lo que puedo decirle.

El ascensor los llevó hasta el piso octavo. Una vez en el corredor, Myrna caminó vivamente unos cuantos metros y se detuvo ante una puerta, en la que había una inscripción: M. S. WEAN, IMPORT-EXPORT.

—Aquí es —dijo, con una sonrisa de circunstancias.

—Adelante —invitó él—. Valor, no tema.

Myrna asintió. Luego abrió la puerta y dio un par de pasos en el interior, para detenerse inmediatamente, con una expresión de asombro absoluto en el rostro.

—No puede ser —exclamó.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó Teal.

—Ayer... esto estaba lleno de muebles y ahora... se ve completamente vacío —contestó la muchacha.

Teal se asomó y comprobó que, efectivamente, Myrna no sufría de alucinaciones.

* * *

Había una sala, destinada sin duda a que los clientes esperasen ser atendidos, un antedespacho y otra habitación más grande, que debía de haber sido el despacho de Wean. Asimismo había un lavabo y un

baño, independientes, pero no se veía el menor rastro de muebles.

Todo estaba absolutamente limpio, sin un solo papel o una colilla en el suelo. En los aseos no había siquiera toallas ni papel higiénico.

Myrna estaba a punto de echarse a llorar.

—No lo comprendo —dijo—. Ayer... había aquí una oficina estupenda...

—¿Está usted segura?

—Absolutamente. ¡Por Dios!, no soy aficionada a beber ni tampoco tomo drogas...

—Nadie la acusa de semejantes vicios, pero todo esto que sucede es muy extraño.

En aquel momento, se oyó un ruidito en la puerta. Teal se volvió y corrió para abrir. Delante de la puerta había un hombre, vestido con un mono de color claro, y un destornillador en la mano derecha. Pendiente de su cinturón de cuero se veía una bolsa con herramientas.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el joven.

—Quitar el letrero. ¿No lo está viendo? —replicó el operario.

—¿Cómo?

—Claro, el ocupante del despacho se ha marchado. Yo pertenezco a los servicios de mantenimiento del edificio y me han dado orden de retirar la placa. Si tiene alguna reclamación que hacer, vaya al administrador.

—Sí, es probable que lo haga. Oiga, aquí había una oficina... ¿dónde está el hombre que la dirigía?

—No lo sé. —El operario se encogió de hombros—. Creo que ayer por la tarde vino un camión de mudanzas y se llevó todo.

—Pero los muebles... son del edificio...

—No en todos los casos, señor. Muchos de los inquilinos prefieren traerse su propio mobiliario. Así pagan menos y... —el sujeto miró el letrero y añadió—: Es lo que debió de hacer el señor Wean.

Teal se volvió hacia la muchacha.

—Señorita Cleveland, usted fue a buscar un sobre, pero esta mañana, si no me equivoco, tuvo que acudir al trabajo —manifestó.

Ella hizo un gesto negativo.

—No —replicó—. Mi jefe me pidió que trajera el sobre a esta hora, más o menos. —Myrna consultó su reloj—. Sobre las once de la mañana, aproximadamente. Dijo que llegaría un poco tarde y que no necesitaba que me diera prisa. Eso fue a las cinco de la tarde, cuando ya había terminado el trabajo.

—Si que es extraño —murmuró Teal—. ¿Cree capaz a su jefe de

marcharse así, por las buenas, y sin anunciárselo a usted?

—No lo sé.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

Myrna bajó la vista, con las mejillas completamente rojas.

—Ayer fue mi primer día de trabajo —respondió—. Vine sobre las diez, hablé con el señor Wean, me dio algunos borradores para escribir unas cuantas cartas... y luego, por la tarde, me dijo que fuese a buscar el sobre y se lo trajese entre diez y media y once de la mañana.

—Increíble —dijo Teal—. Bueno, si le parece, iremos a ver al administrador del edificio. El nos dirá qué ha sido de Wean.

Myrna se señaló a sí misma con las manos.

—Tendría que cambiarme de ropa —alegó.

—Si quiere, la llevaré a su casa —se ofreció el joven.

—No sé si debo aceptar...

—Vamos, vamos, por mí no tiene que preocuparse en absoluto. Mire, vamos primero a hablar con el administrador. Luego la llevaré a su casa. Y ya habrá tiempo de pensar en algo. ¿Le parece bien?

Myrna sonrió tímidamente.

—Creo que he tenido suerte al encontrarle a usted, señor Teal —dijo.

Al salir, Teal se despidió del operario.

—Gracias por todo, amigo.

—Vayan ustedes con Dios —contestó el hombre.

Un cuarto de hora más tarde, Teal y Myrna se hallaban a bordo del coche del primero. La entrevista con el administrador no les había resuelto ninguna duda. Wean había cancelado el contrato de alquiler el mismo día en que Myrna entraba a trabajar. Por la tarde, un camión de mudanzas había venido a llevarse los muebles. Wean se había marchado sin dejar dirección.

Eso era todo lo que habían podido averiguar y no era mucho. Para la joven, sin embargo, representaba un serio contratiempo.

—Estaba sin trabajo y creí haber encontrado un buen empleo —declaró—. El señor Wean me pagó dos semanas por adelantado, aunque yo no le pedí nada, claro. Pero ahora, no sé qué hacer...

Myrna vivía en un apartamento modesto, pequeño, pero bien cuidado. Una vez en el interior, ella anunció que iba al dormitorio, a fin de cambiarse de ropa.

Teal quedó en la sala, pensando en el suceso tan extraño de que había sido protagonista en parte. Pero, de repente, oyó un agudo chillido y sintió una viva alarma.

Corrió hacia el dormitorio. Myrna, pálida, desencajada, señalaba con la mano el armario ropero, en cuyo interior,

sentado, con la cabeza sobre el pecho y las piernas encogidas, se veía a un hombre,

—¡Es él! ¡El! —gritó Myrna—. Marcus Wean...

Teal respingó primero. Luego se acercó al armario, introdujo la cabeza en parte y observó al sujeto durante unos momentos. En el pecho de Wean había una mancha roja que ya había tomado un cierto tono oscuro.

Empezó a sospechar algo muy turbio. El sobre robado a Myrna contenía documentos de importancia, que Wean no había querido se los llevaran a su despacho. Por dicha razón, sabiendo que Myrna volvería a su casa, al encontrar la oficina vacía, había decidido esperarla allí. «Y tal vez pensaba asesinarla», se dijo.

Al cabo de unos instantes, se incorporó y volvió el rostro hacia la joven. Ella se había quitado ya el impermeable, que yacía sobre la cama, pero no parecía darse cuenta de que estaba vestida solamente con las prendas interiores.

—Señorita Cleveland, saque un vestido del armario —aconsejó —. Mientras se arregla, yo llamaré a la Policía.

—Sí..., claro... ¿Qué..., qué le ha pasado al señor Wean?

—Tiene un tiro en el corazón —respondió Teal.

CAPITULO II

Después de la cena, fueron a presenciar una función de teatro. Era una comedia muy divertida y los dos hombres se rieron muchísimo. Luego, Jerry Haynes propuso a su amigo ir a tomar una copa al Koko'mi.

—Hombre, no —contestó Teal—. Estoy un poco cansado y mañana tengo que trabajar...

—Teal, vamos a ese sitio —insistió Haynes—. He estado allí un par de veces y, créeme, se pasa fenomenalmente. Además, hay unas chicas guapísimas...

Teal sonrió comprensivamente. Ya sabía lo que quería su amigo. Y, realmente, no podía negarle su compañía. A fin de cuentas, Haynes financiaba buena parte de sus trabajos y últimamente le había hecho un importante préstamo, sin exigirle intereses ni plazo de devolución. El préstamo de su amigo, confiaba, le serviría para cubrir la última etapa de su tarea de investigación.

Luego vendrían las pruebas finales, el registro de la patente, los derechos de explotación... Con un poco de suerte, antes de medio año podría llamarse un hombre acaudalado.

Un cuarto de hora más tarde, ocupaban una mesa en el Koko'mi. En el escenario, un tipo contaba chistes. Las camareras iban y venían con rapidez. Todas llevaban un mínimo de prendas. A Teal el Koko'mi le pareció un sitio más bien vulgar, pese a su apariencia de lujo. Pero se resignó, porque su amigo parecía con ganas de divertirse. «Todo sea por la amistad... y por la ciencia», pensó.

Alguien se les acercó de pronto.

—¿Cigarrillos, caballeros?

—Sí, para mí un buen habano —tartajeó Haynes, que ya estaba un poco bebido—. Dennis, ¿tú no quieres un cigarro?

Teal no contestó. El y la cigarrera se miraban recíprocamente, con la estupefacción pintada en los rostros.

Myrna vestía un traje muy corto, el clásico de su oficio, y salvo dos trocitos de tela en la parte delantera del pecho, aparecía prácticamente desnuda de la cintura para arriba. Las piernas, largas, perfectamente torneadas, estaban cubiertas por unas medias completas de malla negra.

—No —dijo Teal al cabo, cuando se hubo repuesto de la sorpresa—. Sólo quiero cigarrillos...

Haynes arrojó dos billetes de veinte dólares sobre la bandeja del tabaco.

—Guárdate la vuelta, preciosa —dijo—, ¡Camarero, más

champaña! —pidió a voz en cuello. De pronto, soltó una risita—. Oh, no es camarero, sino camarera...

Una chica se acercó, con la sonrisa en los labios.

—¿Champaña, señor?

—Un cubo y tú dentro, hermosa —rió Haynes.

En aquel momento, alguien se acercó a Myrna y le tocó en un hombro. Ella pareció reaccionar y se volvió.

—Diga, señor...

—Deja la bandeja y ve a aquella mesa. Te esperan —ordenó el hombre.

—¿Para qué? —preguntó Myrna.

—Eres tonta, chica. Aquel caballero tiene algo importante que decirte. Vamos, mueve el trasero.

Myrna enrojeció violentamente. Miró al joven un instante y luego bajó los ojos.

Pero no dijo nada. Dio media vuelta y se alejó. Teal meneó la cabeza. No le gustaba lo que había visto. Presentía que aquel lugar no era el apropiado para una muchacha como Myrna. Pero si ella quería...

A los pocos instantes, la vio sentarse a la mesa que le habían indicado. Estaba ocupada por tres hombres, uno de ellos grueso, casi calvo, con doble papada y los dedos llenos de anillos. Los otros dos parecían ser sus guardaespaldas.

El gordo se acercó a Myrna y puso una mano sobre los hombros. La otra se paseó por sus senos.

Myrna le asestó una tremenda bofetada. El gordo profirió una interjección de rabia.

Ella volvió a pegarle. Uno de los guardaespaldas la abofeteó a su vez y la tiró al suelo. Myrna cayó de espaldas, con los pies por alto.

—Esto se ha acabado —dijo Teal entre dientes.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó Haynes, al ver que su amigo se ponía en pie.

—¡A la guerra! —contestó el joven.

—¡Tararí...! ¡Al ataque! —dijo el amigo de Teal tartajando con dificultad.

El hombre que había ordenado a Myrna sentarse en aquella mesa se acercó rápidamente. Teal llegó al mismo tiempo. Myrna empezaba a ponerse en pie.

—Dispense, señor Sphyle; la chica es nueva., —dijo el gerente.

—Myrna, creo que debería volverse a su casa —aconsejó Teal.

El gerente se volvió, furioso.

—Usted, no se meta en esto —barbotó.

—¡Váyase al infierno, estúpido! —contestó Teal:

Uno de los guardaespaldas se lanzó contra el joven. Teal esquivó un derechazo y luego lanzó un «uno-dos», que arrojó al sujeto contra otra mesa, que se partió con gran ruido de astillas.

Sonaron los primeros gritos. El gerente sacó una porra corta.

Alguien le tocó en el hombro. El gerente se volvió. Haynes le quitó la porra de un tirón. Luego le dio un rodillazo en la ingle.

La boca del gerente se abrió. Haynes le metió la porra y luego le golpeó con las dos manos, en sentido contrario, sobre su frente y en la mandíbula, hacia arriba. El gerente se retiró, tambaleándose, a la vez que emitía gruñidos ininteligibles y trataba de arrancarse la porra, en cuyo forro se habían incrustado sus dientes.

El gordo se levantó, con una botella en la mano. Teal le pegó una patada en la rodilla derecha. El gordo empezó a dar ridículos saltitos, a la vez que emitía unos bramidos aterradores.

De pronto, Teal se encontró de espaldas sobre una mesa. El otro individuo le había golpeado en el pecho y se arrojó contra él, saltando como si fuese a lanzarse al agua.

Teal giró sobre sí mismo y el sujeto cayó sobre la mesa, reduciéndola a astillas. El griterío y la confusión eran enormes.

—¡Escape, Myrna! —chilló el joven.

Ella no se hizo de rogar y huyó a la carrera. Varios individuos, sin duda empleados del local, aparecieron corriendo, para restablecer el orden.

Haynes lanzó un salvaje alarido.

—¡Mí ser Toro Loco! —vociferó—. Mí arrancar cabellera de rostros pálidos...

Tenía en la mano la pata de una mesa y golpeó un cráneo. El destinatario del golpe cayó fulminado.

Teal acometió otra vez al gordo, que parecía correr en persecución de Myrna. Alcanzándolo por detrás, lo agarró por el cuello de la chaqueta y los fondillos de los pantalones, y aprovechó su propio ímpetu para levantarlo en el aire y lanzarlo sobre el mostrador del bar.

El gordo resbaló a lo largo de la barra, llevándose por delante copas y botellas. Luego se desvió un poco y cayó al interior del bar, en medio de un estrépito descomunal.

Haynes seguía profiriendo alaridos de indio en el sendero de la guerra y golpeando cráneos con su garrote. De repente, alguien le asestó un seco golpe en la mandíbula y cayó sin sentido.

Teal quiso correr en su auxilio. Alguien le puso la zancadilla y empezó a caer. Sintió un vivísimo dolor en la cabeza y se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento. Pero ya no podía evitarlo.

Llamaron a la puerta. Con un paño húmedo en la parte posterior de la cabeza, Teal cruzó la sala y abrió. Una ancha sonrisa se formó en sus labios al reconocer a la hermosa visitante.

—Hola, Myrna —saludó.

—¿Puedo pasar, señor Teal?

—Claro, pero llámame Dennis... Perdona que te reciba así, pero acabo de levantarme, como quien dice... ¿Quieres tomar café? El agua está a punto de hervir...

Ella sonreía.

—Fue una buena bronca —dijo.

—Estuvo bien —convino él—. Anda, ven a la cocina.

—Gracias.

La casa era grande, espaciosa, decorada con buen gusto, apreció Myrna. Teal llenó dos tazas y le entregó una.

—Parece que lo estoy tomando como costumbre —dijo ella, después de los primeros sorbos de café.

—¿Qué costumbre? —preguntó Teal.

—Encuentro un empleo y sólo me dura un día. Ayer era el segundo día de trabajo en el Koko'mi.

—Te habrán despedido, supongo.

—No he vuelto siquiera por allí —respondió Myrna.

—No sabes cuánto lo lamento. Pero, ¿es que no te imaginabas lo que podrían exigirte en un lugar como ése?

—Pensé que podría evitarlo —dijo ella, muy conturbada.

—Pues te equivocaste. En fin, si no vas a volver por aquel antro, ya no hay motivos de preocupación.

Teal hizo una mueca.

—Aún me duele —añadió.

—¿Recibiste muchos golpes?

—Unos cuantos. Pero, si hacemos cuentas, salí ganando por tres a uno, al menos —sonrió el joven.

—Tuviste que ir a la cárcel, imagino.

—Mi amigo pagó todos los gastos. Salimos a las pocas horas. La fiesta le va a costar un ojo de la cara.

—Pobre hombre... ¿Era el que gritaba como un piel roja?

—Sí, pero trabucaba los nombres. Unas veces decía que era Toro Loco y otras decía que era Caballo Sentado.

Los dos se echaron a reír. Luego, ella dijo:

—El Koko'mi quedó arrasado, Dennis.

—Se lo merecían. Probé el champaña... Hombre, no es que sea entendido de alta clase, pero aquello era agua coloreada, con un poco de alcohol y carbónico. Si pagas cincuenta dólares por una botella, tienes derecho a exigir que te den algo bueno y no una porquería.

—Sí, claro.

Teal frunció el ceño. Myrna parecía querer decirle algo, pero no se atrevía.

—¿Te ocurre algo? —inquirió.

—Bueno, verás... No sé cómo empezar...

—¿Quieres más café?

Myrna hizo un gesto negativo.

—No, gracias. Bien, Dennis, ahí va. No tengo trabajo y ando buscando un empleo. Pensé que quizá tú podrías recomendarme a alguien...

En aquel instante, se oyó en el interior de la casa un largo gemido, la voz de una persona que parecía estar sometida a un sufrimiento indescriptible. Myrna pensó que era como el lamento de un alma en pena y, aterrada, se colgó del cuello del joven.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿A quién están torturando en esta casa? —preguntó, llena de pánico.

CAPITULO III

Para su asombro, Teal se echó a reír. Ella le miró extrañada.

—Es mi amigo, Jerry Haynes. Seguramente, está despertándose... Disculpa unos momentos, por favor.

Teal se alejó hacia el interior de la casa y volvió a los pocos minutos.

—He dejado a Jerry en el baño, con un par de aspirinas. Voy a llevarle café. El pobre está hecho polvo —dijo.

—¿Vive contigo? —inquirió Myrna, cuando Teal hubo regresado.

—Oh, no; se aloja en un hotel... Pero no quiso que le vieran en semejante estado, después de que nos soltaran del calabozo. Lo traje a casa y ahora empieza a reaccionar... Bueno, antes has hablado de un empleo, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Lo necesito. Sólo me quedan cuarenta dólares, precisamente los que me dio tu amigo anoche. Pude salvarlos de la quema.

—Estupendo. Myrna, tú fuiste a trabajar con un tipo al que asesinaron en tu casa.

—No me lo recuerdes, por favor —se estremeció la muchacha.

—Tengo que mencionarlo a la fuerza —se defendió él—. Era una oficina y recuerdo haberte oído decir que te dictó unas cuantas cartas.

—Sí, es cierto.

—Entonces, sabes taquigrafía y mecanografía.

—Y tres idiomas: español, francés y alemán —añadió ella.

—¡Qué bárbaro! —se admiró Teal—. Eso explica que te contratase un tipo que, oficialmente, se dedicaba a negocios de importación y exportación.

—Claro, se tiene mucha correspondencia con el extranjero...

—Sí, es completamente lógico. Por cierto, ¿se sabe algo de su asesino?

—No, no he leído nada en los periódicos sobre ese caso.

—Un asunto muy extraño —dijo él—. Por la tarde, te ordena que al día siguiente, vayas a buscar un sobre, que luego te roban... unos tipos te dejan casi desnuda, para que puedas perseguir al ladrón; vuelvas a la oficina, para contárselo todo y resulta que se ha marchado, llevándose hasta las colillas de su tabaco; vuelves a casa, te lo encuentras «frito» en el armario...

—Sí, todo sucedió como dices —convino Myrna.

—Por cierto, hay algo que no te he preguntado todavía. ¿Quién te dio el sobre que luego te robaron?

—Una enfermera del Hospital General. Se lo dije a la policía, pero ella negó rotundamente haberme dado nada y menos

conocerme siquiera.

—Vaya, aumentan los puntos oscuros —comentó Teal—. Perdona, nos hemos desviado de la conversación. Estábamos hablando de tu empleo.

—Sí; si conoces a alguien...

Teal sonrió.

—Lo tienes delante de ti —dijo.

—¿Tú? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

—Setecientos mensuales. ¿Qué debo hacer, Dennis?

—Estoy terminando un trabajo muy importante. Bueno, la parte práctica puede decirse que ya está lista. Ahora necesito redactar un largo informe, con todos los datos, y alguien tiene que pasar los apuntes a limpio. Primero un borrador, que luego yo corregiré, y después, el original terminado y listo para su empleo.

—¿Un libro?

—Algo por el estilo. ¿Qué te parece?

—Si lo haces por compasión...

—La verdad, necesitaba una secretaria, Myrna.

—Está bien, acepto.

Haynes apareció de pronto, con un par de parches en la cara. Teal se echó a reír

—Tienes un aspecto desastroso, Jerry —dijo—, ¿Conoces a Myrna Cleveland, mi secretaria?

Haynes parpadeó.

—Oiga, ¿no vendía anoche usted cigarrillos en el Koko'mi?

—Tiene alergia al tabaco —contestó Teal desenvueltamente—, Myrna, esta cosa que parece un hombre es mi mejor amigo, Jerry Haynes.

—Encantada, señor Haynes —dijo la muchacha.

—Celebro conocerla, señorita Cleveland. Dennis, ¿puedes llamar a un taxi para que me lleve al hotel, por favor?

—Llévate mi coche, hombre.

—No, no me siento con fuerzas para conducir. Todavía veo las cosas borrosas... —De pronto, Haynes se echó a reír—. Pero nos divertimos muchísimo, ¿verdad, Dennis?

—No lo pasamos mal, en efecto —convino el joven.

* * *

Teal puso en manos de la muchacha tres o cuatro libretas de tapas negras y le señaló una pila de cuartillas en blanco.

—Las libretas están numeradas —indicó—. Sigue el orden y no te

apures si hay algo que no entiendes. Entonces, vas al laboratorio y me consultas tus dudas.

—De acuerdo, Dennis.

El joven se marchó. Myrna se preguntó qué podía hacer en su laboratorio.

Había visto ya la casa, aunque no con todo detalle. Estaba rodeada por un espacioso jardín, contorneado por una valla de madera de casi dos metros de altura.

El laboratorio estaba en un antiguo invernadero. Era muy grande; al menos medía veinte metros de largo, por cinco o seis de ancho y casi otro tanto en la parte más alta del tejado, todo el hecho en armazón de hierro y vidrios translúcidos, que no permitían ver lo que había en el interior.

Desde su despacho, Myrna podía ver perfectamente buena parte del jardín y prácticamente todo el laboratorio. A la tarde, vio a Teal que salía y se dirigía a un viejo banco de hierro, que había en uno de los lados de una pequeña glorietta.

Teal levantó el asiento de madera y lo apartó a un lado. Luego regresó al laboratorio.

A los pocos momentos, volvió a salir, llevando las manos en una posición muy extraña. Myrna se sintió llena de perplejidad. Incluso sacudió la cabeza. La postura del joven le recordaba la historieta del operario que había perdido el tablón que transportaba sin darse cuenta.

Teal se inclinó y pareció dejar algo sobre las patas del banco. Luego se sentó y se movió arriba y abajo, muy satisfecho, como si estuviese sentado en un mullido sillón.

Myrna se sentía estupefacta.

—Ese hombre se ha vuelto loco —murmuró—. Cree que ha puesto un nuevo asiento al banco y hasta se ha sentado para probarlo...

Al cabo de unos momentos, Teal se levantó y volvió una vez más al laboratorio.

Transcurrió media hora. Teal salió de nuevo, pero esta vez ella no le vio.

De pronto, oyó su voz en la parte delantera de la casa.

—¡Myrna, estoy en la puerta! —gritó el joven.

—Muy bien —respondió ella.

Pasados unos minutos, Myrna se sintió invadida por una curiosidad invencible. Levantándose en silencio, buscó la puerta posterior y salió al jardín.

Se acercó al banco. Allí sólo aparecían las patas y el respaldo, que Teal había dejado en su sitio. Pero no había asiento.

Muy despacio, sintiéndose llena de aprensiones, se inclinó y pasó la mano por el lugar donde debería estar el asiento y en el que no

se veía absolutamente nada.

Su mano tropezó con un obstáculo invisible. Empujó hacia abajo y aquello que no se veía cedió ligeramente.

Tremendamente desconcertada, probó a sentarse.

—Acabaré en el suelo —murmuró.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. El asiento invisible, aunque cedía unos centímetros hacia abajo, resistía perfectamente su peso.

—Es fantástico —dijo a media voz, sin poder contenerse.

—Fantástico, ¿verdad?

Sobresaltada, Myrna levantó la cabeza y vio a Teal a pocos pasos de distancia. Enrojeció y se puso en pie.

—Dispensa... Te vi antes y me pareció que...

—Te pareció que estaba chiflado, ¿no?

—Pues... como aquí no se ve nada... ¿Qué hay en lugar del asiento, Dennis?

—Te explicaré —contestó él.

En el mismo instante, se oyó un ligero zumbido hacia la parte del laboratorio. Teal volvió la cabeza.

—Viene alguien —dijo—. Tengo un pequeño sistema de alarma, para visitantes imprevistos, cuando estoy enfrascado en mi trabajo. El timbre suena en el laboratorio, cuando alguien pisa la placa que hay inmediatamente de la entrada al jardín. No sé quién puede ser...

Teal echó a andar hacia la puerta posterior de la casa. Ella le siguió maquinalmente.

Momentos después se hallaban en la sala. Myrna vio que la puerta delantera estaba abierta de par en par.

A lo largo del sendero central, dos hombres avanzaban con cierto aire de sigilo que no le inspiró ninguna confianza. De pronto, reconoció a uno de ellos.

—¡Dennis, ése es el tipo que me pegó anoche en el Koko'mi! —exclamó.

—¿A qué diablos vendrán esos tipos a mi casa? —rezongó el joven.

Los dos esbirros se detuvieron a pocos pasos del umbral.

—Oiga —dijo uno de ellos—. Sabemos que tiene aquí a una chica que anoche vendía cigarrillos en el Koko'mi. El dueño nos envía para buscarla y que vuelva a su empleo.

—Ella ya tiene un empleo y no quiere volver a ese asqueroso lugar, donde sirven raticida en lugar de champaña, así que lárguense ahora mismo y no vuelvan más por aquí —contestó el joven.

Los dos hampones cambiaron una mirada de inteligencia. El que había hablado sonrió.

—¿Qué te parece si le hacemos tragarse sus palabras? —consultó.
—Tienes pinta de atleta, pero está hueco por dentro —respondió el otro despectivamente.

—Bueno, cuando una cosa está hueca, se pincha, se escapa el aire y no queda nada —dijo el primero, a la vez que se lanzaba hacia adelante a todo correr.

Myrna contuvo el aliento. Teal no se movía. Parecía no sentir el menor temor hacia el sujeto que se le arrojaba encima.

Repentinamente, el hampón se paró en seco.

Durante una fracción de segundo permaneció inmóvil. Luego, algo invisible lo despidió hacia atrás, haciéndolo caer de espaldas al suelo.

* * *

Teal se echó aliento en las uñas y luego se las limpió en la camisa, con gesto lleno de displicencia.

—Estos tipos mal educados merecen una lección de urbanidad y buenos modales, y voy a dársela ahora mismo —anunció—. Myrna, quédate aquí y no te muevas para nada.

En el suelo, Keith Egan miraba la puerta abierta, con ojos desmesuradamente abiertos, como si algún conjuro maligno le hubiese impedido el paso. Su compinche, Rissi Linno masculló una interjección.

—Eres demasiado blando, Keith —rezongó—. Yo voy a pasar, cueste lo que cueste.

Avanzó poco a poco, pero, en el último instante, cargó con el hombro izquierdo, como si fuese a derribar una puerta de madera. La misma fuerza invisible rechazó su carga y le hizo reunirse con su compinche.

Myrna no comprendía lo que estaba pasando, aunque empezó a sospechar que estaba relacionado con el banco de asiento invisible. De pronto, vio a Teal que había dado la vuelta a la casa, acercándose a los dos hampones, los cuales se habían ya puesto en pie, sin entender en absoluto lo que les había sucedido.

—Caballeros, va a comenzar la lección de educación y buenas maneras —dijo apaciblemente, a la vez que levantaba el brazo derecho—. ¿Ven esta mano? No hay nada, ¿verdad?

De pronto, movió el brazo. Linno lanzó un aullido de dolor, a la vez que se llevaba la mano izquierda a la mejilla, duramente golpeado por algo que no podía ver.

Egan recibió otro golpe análogo y emitió un agudo chillido. Después, Teal empezó a mover el brazo con enorme rapidez.

Myrna creía soñar. El joven parecía estar usando un garrote, pero no llevaba nada en la mano. Sin embargo, cada vez que hacía un movimiento como para golpear, se oía un aullido de dolor.

Egan y su compinche trataban en vano de cubrirse contra los ataques de aquel palo invisible. Al fin, derrotados y desmoralizados, emprendieron la huida.

Entonces, Teal se volvió hacia la muchacha y, juntando las manos como un púgil vencedor, hizo el saludo apropiado a las circunstancias. Myrna sonrió, pero, en el mismo momento, se oyó el petardeo de una motocicleta de gran cilindrada.

El joven giró nuevamente. Egan y el otro acababan de entrar en el coche. La motocicleta se había detenido junto al vehículo. El piloto daba gas continuamente, acelerando con la palanca de cambios en punto neutral, lo que provocaba un fragor que ensordecía.

Detrás del piloto y vestido aproximadamente de la misma manera, había otro individuo. Este tenía una pistola en la mano.

El escape de la motocicleta ahogó los estampidos de los disparos. Linno cayó en el acto.

Egan trató de escapar e incluso salió del coche, pero la bala que le alcanzó en el centro de la espalda lo hizo desplomarse sobre la acera, muerto antes de tocar el suelo con el rostro. Luego, el motorista aceleró y la máquina rugió atronadoramente al arrancar a toda velocidad.

Teal y la muchacha no tuvieron tiempo de reaccionar. Todo había ocurrido con enorme rapidez, en unos pocos segundos tan sólo. Antes de que se hubieran dado cuenta cabal de lo que sucedía, ya se había hecho el silencio.

Y dos cuerpos humanos yacían frente a la casa, cubiertos de sangre, muertos sin que Teal tuviese la menor idea del motivo de aquellos asesinatos.

CAPITULO IV

Los policías se marcharon, aunque todavía quedaban algunos curiosos en la acera. Teal salió y cerró la puerta de la valla. Regresó a la casa. Myrna, desmadejada, estaba sentada en el diván de la sala.

—Te traeré café con un poco de coñac —dijo.

Ella se puso en pie.

—No hace falta, Dennis —contestó—. Tengo que sobreponerme; no puedo comportarme como una chiquilla de pocos años.

—No tienes muchos —sonrió él.

—Los suficientes para saber que, sin querer, me he metido en un buen lío.

—El problema es para los que han asesinado a esa pareja de matones que vinieron a verte.

—Y para los muertos...

—Esos ya no tienen problemas de ninguna clase.

Myrna fue a la cocina y regresó momentos más tarde con una bandeja en las manos. Teal estaba sentado en una butaca, con un cuaderno en las rodillas, en el que hacía algunas anotaciones, profundamente pensativo, según parecía por su expresión.

Ella respetó su silencio y puso una taza llena en la mesita que había al lado. Pasados unos momentos, Teal levantó la cabeza y la miró sonriendo:

—Hay varios puntos oscuros en este caso y cada uno de ellos tiene un nombre de persona. Uno es Sphyles, el tipo al que pegaste en el Koko'mi. Estaba acompañado por esos dos desgraciados que han muerto en la puerta de mi casa.

—Sí, es cierto.

—Hay tres nombres más que desconozco, y que son los del tipo que te arrebató el sobre y los dos hombres de las cazadoras de cuero, quienes, sin duda, estaban de acuerdo con el primero. Y, finalmente, otro nombre, y creo que tú lo conoces, es el de la enfermera que te entregó el sobre.

—Se llama Olga Cattin —dijo Myrna.

—Muy bien, ya tenemos una base para empezar.

—Empezar, ¿qué, Dennis?

—No quiero permanecer inactivo, sabiendo que, en cualquier momento, pueden volver otros a darme un disgusto. Por eso quiero hablar con Sphyles y la enfermera. Y también me gustaría dar con el sujeto que te robó el sobre. ¿No tienes la menor idea de lo que contenía?

—En absoluto. Wean dijo que contenía documento importantes. Era un sobre como los que se emplean para guardar las

radiografías, aunque bastante más abultado.

—Y tú no sospechaste nada cuando Wean te envió a pedírselo a la enfermera.

—¿Por qué habría de sospechar nada? Pensé que ella podría tener negocios con Wean... No sé, no se me ocurrió recelar en absoluto, Dennis.

—Sí, es lógico —dijo él pensativamente—. Bien, por el momento eso es todo.

—No se puede decir que mi primer día de trabajo haya sido un éxito —manifestó ella tristemente—. Parece que llevo la mala suerte a las espaldas...

—Sí, pero yo no te he despedido ni pienso hacerlo. Mañana, a las nueve, aquí, a seguir con tu trabajo. Y no te preocupes de nada más, ¿entendido?

—De acuerdo, Dennis. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Desde luego.

—Por favor, dime, ¿qué llevabas en la mano que no se veía absolutamente nada y que causaba tanto daño a esos hampones? ¿Por qué he podido sentarme en un banco que no tiene asiento? ¿Qué barrera invisible les impidió entrar en la casa?

Teal sonrió maliciosamente.

—Estás asombrada, ¿verdad?

—Figúrate...

—Es mi invento —respondió él—, Pero ya te daré más detalles en otra ocasión.

Myrna comprendió que el joven no quería seguir hablando más del asunto y se abstuvo de formular nuevas preguntas.

—Tengo que marcharme —dijo.

—Tu horario de trabajo empieza a las nueve en punto de la mañana —indicó Real

—No lo olvidaré —aseguró la muchacha.

* * *

Apenas se hubo marchado Myrna, Teal fue a su garaje y sacó el coche. Un cuarto de hora más tarde, entraba en el Hospital General.

—Busco a Olga Cattin —dijo a la enfermera recepcionista.

—No está, señor.

—¡Qué contrariedad! ¿Podría decirme dónde encontrarla?

—Lo siento, nos está prohibido dar el domicilio de las personas que trabajan en el hospital, a menos que se trate de un caso de

verdadera urgencia y siempre con la aquiescencia del administrador.

—¡Qué bien habla usted, señorita! —se admiró Teal.

La enfermera se esponjó.

—Créame que lo siento, pero no puedo violar las normas...

—No se preocupe, encanto. ¿Está prohibido también decirme cuál es el horario de la señorita Cattin?

—De nueve de la mañana a cinco de la tarde y es señora.

—Ah, está casada.

—Divorciada.

—Muy bien, preciosidad. ¿Va contra las normas decirme su nombre?

—Lisa Rydel. Mi tratamiento corresponde al de una mujer soltera

—contestó la recepcionista maliciosamente.

Era bastante joven y muy atractiva. Teal le guiñó un ojo.

—He tenido mucho gusto, señorita Rydel.

—No me ha dicho su nombre, señor...

—Reagan, Ronald Reagan,

—¡Ah, se llama como el presidente!

—No. El presidente se llama como yo. Adiós, hurí del paraíso.

Lisa rió argentinamente. Teal se preguntó si convenía cultivar su amistad. Esperaría primero a ver cómo marchaban las cosas con la otra enfermera.

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, Myrna se sorprendió enormemente al ver a Teal aguardándola en su coche, a la puerta de la casa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Lo verás muy pronto —dijo él.

Myrna se asombró al ver que Teal detenía su coche después, en las inmediaciones del hospital. El joven le señaló una puerta.

—Fíjate bien en todas las personas que entran, sexo femenino, por supuesto. Por ahí entran médicos y demás miembros del personal sanitario. Señálame a Olga Cattin cuando la veas.

—Comprendo —dijo Myrna.

Diez minutos más tarde, una mujer se apeó de un coche pequeño, europeo.

—¡Ahí la tienes! —exclamó la muchacha.

Olga Cattin era una mujer de unos treinta y tantos años, alta, de cuerpo opulento, pelo muy rubio y facciones que habrían resultado más agraciadas, de no haber sido por una expresión de dureza que parecía provenir de un mal humor habitual. Teal ya no quiso seguir viendo más y puso el coche en marcha nuevamente.

A las cinco de la tarde, Olga salió del hospital, subió a su

automóvil y se marchó. Teal la siguió discretamente y vio que entraba en una casa situada a unos seis kilómetros. Armándose de paciencia, decidió esperar.

Antes de hablar con ellas, quería seguirla unos días, para ver qué clase de mujer era. Alrededor de las nueve de la noche, Olga volvió a salir y subió de nuevo a su coche.

Media hora más tarde, estupefacto, Teal vio que la enfermera entraba en el Koko'mi, pero no por la puerta principal, sino por la que debía utilizar el personal que trabajaba en aquel local.

Siguió vigilando. A las doce de la noche, Olga abandonó el Koko'mi y regresó a su casa. Teal dio por terminada la sesión de seguimiento y se volvió a la suya, diciéndose que estaba necesitado de un buen descanso.

Apenas puso la cabeza en la almohada, se quedó dormido como un tronco.

* * *

Durante una semana, aproximadamente, Teal siguió a Olga. La enfermera no vanaba sus hábitos en absoluto. Tal vez, en ocasiones, se retrasaba unos minutos en salir del hospital, pero eso era todo. En lo demás, observaba una estricta puntualidad.

Al fin, ocho días más tarde, se decidió a entrar en el Koko'mi. Se preguntó si le reconocerían como uno de los protagonistas de la noche del escándalo. En todo caso, tenía que hacerlo, se dijo.

Cuando se apeaba del coche, vio llegar a un sujeto de aspecto pomposo, acompañado de dos guardaespaldas. Sonrió para sí; Sphyles no había tardado demasiado en sustituir a los esbirros muertos.

Dejó pasar a Sphyles. Luego entró y buscó una mesa discreta. Una camarera le sirvió champaña.

—¿Desea compañía, señor? —preguntó.

—Estoy aguardando a un amigo. Luego discutiremos el asunto, guapa.

—Como guste, señor.

Teal recorrió el local con la mirada. Olga no estaba a la vista. Tal vez había ido al tocador de señoras, pero, treinta minutos más tarde, seguía sin dar señales de vida.

De pronto, se le acercó una camarera.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Tenga la bondad de seguirme al despacho del señor Stormer.

—¿Quién es ese Stormer? —preguntó Teal.

—El gerente, señor.

—Ah... Bueno, vamos allá.

Abandonaron la sala y pasaron a un corredor de servicios, al fondo del cual había una puerta. La camarera tocó con los nudillos y alguien dio permiso desde el interior.

—Puede pasar, señor —indicó la joven.

—Gracias.

Teal abrió la puerta y se encontró en un despacho elegante y severo al mismo tiempo, alfombrado en rojo. Un hombre de aspecto agradable, vestido con gran atildamiento, se hallaba detrás de una mesa.

Olga Cattin estaba en pie, al lado, apoyada negligentemente con una mano en la mesa. El aspecto de la enfermera era muy diferente.

Ahora vestía un traje rojo fuego, enormemente escotado y muy ceñido a sus exuberantes caderas. Pero en su rostro continuaba aquella expresión de dureza que la hacía tan poco atractiva.

—Señor Teal, permítame que le presente a la señora Cattin —dijo el gerente— Yo soy Pickton Stormer. Olga, querida. sírvele una copa a nuestro invitado, por favor.

—Sí, al momento;

Teal ocultó un gesto de sorpresa. La voz de Olga era profunda, bronca; parecía más bien la de un cargador de muelle que no la de una mujer que, pese a todo, resultaba muy hermosa. Stormer le hizo una señal y se sentó en un butacón, frente a la mesa.

—Señor Teal, hace algunas noches, usted fue protagonista de un desgraciado incidente ocurrido en este local —dijo el gerente.

—Mi amigo pagó todos los desperfectos.

—Sí, lo sé, pero no es eso de lo que quería hablarle. Puesto que nos indemnizaron, el asunto se da por zanjado.

—Oh, ya creía que...

Olga le trajo un vaso alto. Al volverse, para regresar junto a la mesa, Teal le arreó un suave pellizco en un muslo.

Ella respingó ligeramente, pero no dijo nada. Cuando se situó en el mismo sitio, miró al joven sonriendo de una forma especial.

—Se trata de la señorita Cleveland —dijo Stormer.

—Ah, la cigarrera... ¿Y bien?

—¿Puede indicarnos dónde vive?

Teal arqueó las cejas.

—¿Le interesa mucho?

—Conteste, por favor —pidió Stormer secamente.

—Primero dígame por qué le interesa saber dónde vive la señorita Cleveland.

—Tenemos necesidad de hablar con ella, eso es todo. Trabaja con usted.

—Lo admito. Yo le di el empleo, al día siguiente del jaleo que se organizó aquí.

—¿Trabaja para usted... y no sabe dónde vive?

—¿Y por qué he de saber dónde tiene su casa esa señorita?

—Fue con ella el día en que asesinaron a Wean.

—Bueno, pues allí vive...

—No; se ha cambiado de domicilio.

«Eso no me lo había dicho a mí», pensó el joven.

—No lo sé —contestó.

Stormer se volvió hacia Olga.

—¿Qué te parece?

—Es sincero —dijo ella, sin quitar la vista del rostro del joven.

—Entonces, eso es todo. Dispense las molestias, señor Teal.

—¿Nada más?

—Nada más, muchas gracias. Por supuesto, su gasto corre por cuenta de la casa. Buenas noches, señor Teal.

Un tanto desconcertado, el joven se puso en pie. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y murmuró unas frases corrientes de despedida.

Momentos después, se hallaba en su coche. Iba a arrancar cuando, de pronto, se dijo que debía esperar a la enfermera.

Cerró el contacto, encendió un cigarrillo y se dispuso a dejar pasar el tiempo hasta que Olga Cattin se hiciera visible.

CAPITULO V

Olga salió del local, taconeando vivamente, mientras hurgaba en su bolso, buscando las llaves de contacto de su coche. Entonces oyó una voz:

—¿Puedo llevarla a su casa, señora Cattin?

Olga levantó la vista. La puerta del coche de Teal estaba invitadoramente abierta.

Sonriendo, se acercó al automóvil.

—Me esperabas —dijo.

—Te hice antes una señal —contestó él.

—¿Una señal? No recuerdo...

—No tienes piel de elefante, que yo sepa.

Olga se echó a reír.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un desvergonzado?

—Me lo han dicho tantas veces, que me resbala ya. ¿Quieres decirme dónde vives?

Teal lo sabía perfectamente, pero no quiso dar a entender que había estado vigilando a la enfermera.

—Arranca, dobla a la derecha y luego te diré. Párate frente a la puerta; quiero dar las llaves a un amigo, para que me deje el coche en el «parking» de mi casa.

—Está bien.

Teal hizo salir el automóvil del estacionamiento y lo detuvo frente a la puerta principal. Olga lanzó las llaves hacia el galoneado portero que vigilaba la entrada.

—¡Eh, Pete! —exclamó—. Dale las llaves a Ray Milburn y dile que me deje el coche en el «parking» de mi casa.

—Muy bien, señora Cattin.

Teal pisó el acelerador.

—Organizaste una buena, Dennis —dijo ella.

—¿Estabas en el Koko'mi cuando pasó aquello?

—Sí, lo vi por el circuito cerrado de televisión. Tenemos uno en el despacho, ¿sabes?

—Ah, ya...

—Parecía una película del Oeste, con la clásica pelea a puñetazos en el saloon. Créeme, no me había divertido tanto en mi vida.

—A Stormer no debió de hacerle ninguna gracia.

—No, pero luego le pagaron los desperfectos... ¡Eh, no vas bien por aquí! —exclamó ella repentinamente.

—Perdona, Olga, pero tú me dijiste que tenía que salir del estacionamiento, doblar a la derecha...

—Me he distraído, perdona. Tienes que dar la vuelta en redondo.

Vamos exactamente en dirección opuesta.

—Lo siento.

—No; la culpa es mía.

De pronto, Olga se echó a reír.

—Rectifico, la culpa es tuya. Me has distraído... Debe de ser porque eres un hombre muy atractivo, Dennis.

—Gracias, hermosa.

Teal encontró un sitio donde poder virar sin riesgo, ejecutó la maniobra y emprendió el viaje en sentido diametralmente opuesto. Momentos después, pasaban por delante del Koko'mi.

—Sigue hasta la Cuarta Avenida y luego...

Olga no pudo continuar hablando. Repentinamente, se vio brillar un tremendo fogonazo rojizo, a la vez que se escuchaba una terrible detonación.

Teal, asustado momentáneamente, perdió por un instante el control del automóvil, que se le fue hacia la acera. Las dos ruedas delanteras subieron el bordillo, pero, por fortuna, pudo detenerlo a unos centímetros de la pared de un edificio.

Luego se volvió hacia el lugar donde se había producido la explosión y vio una serie de llamaradas que iluminaban la relativa oscuridad del estacionamiento.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó.

Olga no dijo nada. Teal se giró hacia ella y la vio con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

Sin embargo, respiraba con normalidad. Presa de una horrible sospecha, Teal salió del coche, cruzó la calle y se acercó al lugar en donde varios individuos, armados con extintores, trataban de apagar las llamas que consumían un automóvil completamente destrozado.

Un hombre salió corriendo del Koko'mi.

—¡Olga está muerta! —gritó el gerente.

—No, señor Stormer —dijo alguien—. Era el pobre Ray Milburn.

—Pero, ¿qué diablos hacía en el coche de la señora Cattin? —exclamó Stormer, completamente desconcertado.

—Creo que ella le dio las llaves para que se lo llevara a su casa. Se marchó con otro hombre...

Teal ya no quiso seguir escuchando más. Regresó a su automóvil. Olga empezaba a recobrar el sentido y balbuceaba palabras inconexas.

Había ya un gran estruendo de sirenas policiales. Un guardia se acercó al coche.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Perdone, agente. Pasábamos por este lugar cuando se produjo la explosión. Yo me asusté y perdí el control unos instantes. Mi

mujer se ha desmayado... Tendría que llevarla a un hospital...

—Ah, bueno. Deseo que no sea nada, señor —dijo el policía.

—Gracias, amigo.

Teal dio marcha atrás, se bajó de la acera y luego continuó su marcha. Al cabo de unos momentos, se volvió a Olga.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Como si acabara de nacer —respondió ella.

—Te dejaré en tu casa. ¿Quieres que avise a un médico?

—No, gracias, no será necesario. Ya me encuentro bien. No lo pude remediar, Dennis.

—Es lógico, mujer. Tu coche ha saltado por los aires. Milburn estaba dentro. Ha debido quedar hecho pedazos.

Olga se estremeció.

—Si no me hubieses llamado tú, yo estaría ahora en el lugar de Ray —dijo.

—Por lo visto, pretendían borrarte del mundo de los vivos. ¿Por qué, Olga?

Ella apretó los labios. Teal entendió que la enfermera no quería seguir hablando.

«Ya hablarás otro rato», pensó.

* * *

Myrna tecleaba a la máquina y suspendió momentáneamente su trabajo, cuando el joven entró en el despacho.

—Buenos días, Dennis —saludó amablemente.

—Hola —dijo él—. Estoy muy enfadado contigo, Myrna.

—¿Enfadado conmigo? ¿Por qué? —se asombró ella.

—Te has cambiado de domicilio, sin decirme nada...

—Eso no es cierto, Dennis.

—¡Myrna, no me mientas! —se irritó Teal.

—Pero si te estoy diciendo la verdad...

—Anoche, Stormer, el gerente del Koko'mi, me estuvo haciendo preguntas acerca de ti. Una de las preguntas se refería a tu domicilio. Dijo que te habías cambiado...

—Ah, conque era eso —sonrió la muchacha—. Bueno, se me habrá olvidado decírtelo. El conserje es un buen amigo mío. Después de lo que me pasó con Wean, empecé a pensar que no estaría de más tomar algunas precauciones.

—Entre ellas, la de cambiarte de casa, claro.

—No. La verdad, tenía pagado el alquiler por seis meses y me dolía perderlo. Entonces, hablé con el conserje y quedamos de

acuerdo en que diría que me había marchado. Ahora, en mi apartamento, vive una tal Jeannie Stewart. Y eso es lo que dice a todo el que pregunta por mí.

—Vaya —dijo él, admirado—. Eso sí que es ser una chica lista. Se ve que el ingenio va de la mano con la economía.

—Todavía me quedan tres meses de alquiler. Los tiempos no están como para tirar trescientos cincuenta dólares mensuales, que es lo que me cuesta el apartamento.

—Bueno, eso lo explica todo. Perdona la desconfianza, pero después de lo que pasó anoche...

—¿Qué pasó, Dennis?

—Había empezado la conquista de tu enfermera. Ella accedió a irse a su casa en mi coche. Dejé las llaves del suyo a un amigo. Le habían puesto un par de cartuchos de dinamita, conectados al arranque. Imagínate el resto.

—¡Qué horror! —se espantó la muchacha—. ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que todo esto se relaciona con el sobre que te quitaron, pero, por el momento, es cuanto puedo decirte.

De pronto, llamaron a la puerta.

Teal se asomó discretamente a la ventana. Inmediatamente, lanzo una exclamación de asombro:

—¡Es él!

—¿Quién? —preguntó Myrna.

—Sphyles, el tipo gordo del Koko'mi.

—¿A qué viene ese hombre aquí? —se asombró la muchacha.

—No lo sé, pero vamos a verlo muy pronto. Por si acaso, no te dejes ver, aunque sería conveniente que desempeñaras el papel de criadita fisgona.

—¿Escuchar detrás de la puerta?

—Exactamente.

* * *

Teal abrió la puerta y Morgan Sphyles levantó la mano derecha:

—¡Paz! —dijo.

—Amén, hermano —contestó el joven gravemente—. ¿Quieren pasar, caballeros?

Sphyles entró, seguido de sus dos guardaespaldas. Teal les indicó asientos. Myrna, situada junto a la puerta del despacho, observaba todo a través de una estrecha rendija.

De pronto, creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas. Teal se había sentado en el aire, pero no simulaba la postura, sino que se

hallaba cómodamente repantigado, como si ocupara un mullido butacón, incluso con las piernas cruzadas. El asombro de Sphyles y sus acólitos no era menor.

—¿Dónde está sentado? —preguntó Sphyles.

—En el aire. ¿Es que no lo ve? —sonrió Teal.

—Debe de ser una silla de cristal, jefe —rezongó uno de los esbirros—. He visto algunas y engañan a cualquiera.

—A pesar de todo, se ven... Bueno —masculló Sphyles—. Vamos al grano, señor Teal. ¿Dónde está la chica?

—¿Qué chica? —preguntó el joven, haciéndose el desentendido.

—Por favor, no me tome por tonto. Demasiado sabe a quién me refiero.

—Supongamos que sea cierto. ¿Qué quiere de ella?

—Se lo diré en persona, cuando la vea.

—No. Si quiere algo de ella, me lo tiene que decir antes a mí.

—Pero, ¿por qué? Usted no tiene nada que ver con esa muchacha...

—¿Cómo que no? —exclamó Teal—. Tendrá cara dura... Decir que no tengo nada que ver con mi hija adoptiva...

Sphyles se quedó sin habla al oír aquella respuesta.

—Su... hija... adoptiva... —tartajeó—. Pe... pero si apenas es más joven que usted...

—¿Y qué? ¿Impide la ley que un hombre de treinta años tome por hija adoptiva a una muchacha de veintitrés o veinticuatro?

—Mejor la tomaría yo de otra forma —refunfuñó Sphyles.

—Y ella tomaría de usted el tocino, el jamón, las costillas asadas, las salchichas de carne picada... En fin, lo que se toma de un cerdo.

Sphyles apretó los puños.

—¡No me insulte! —chilló.

Uno de los guardaespaldas se puso en pie bruscamente.

—jefe, deje que le dé una buena lección a este idiota...

La mano de Teal se movió bruscamente. Parecía vacía, pero el esbirro lanzó un aullido de dolor al sentir un terrible golpe en los nudillos que se disponía a estampar contra la cara del joven.

—¿Qué... qué ha usado?

—Síntese. —Teal le dio otro golpe en la espinilla y el sujeto empezó a saltar a la pata coja, a la vez que lanzaba unos estentóreos alaridos.

En su observatorio, Myrna estuvo a punto de romper en carcajadas, pero se contuvo, para no delatar su presencia en aquel lugar. El rostro de Sphyles estaba rojo de ira.

—Sigamos —propuso Teal tranquilamente—. ¿Qué es lo que quiere de la señorita Cleveland?

Sphyles se puso bruscamente en pie.

—ya se lo diré a ella cuando la vea —respondió.

—Sin duda, se refiere a cierto sobre que le robaron tiempo atrás, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio. Sphyles le miraba con expresión de ira.

—¿Qué contenía ese sobre? —preguntó Teal—. Han muerto ya varias personas y, me parece, esos asesinatos guardan una estrecha relación con el contenido del sobre. ¿Lo sabe usted?

—Eso no es asunto suyo —contestó Sphyles secamente—. Vámonos, muchachos.

—Un momento —exclamó el joven.

Sphyles se volvió, ya junto a la puerta.

—Tengan cuidado —aconsejó Teal—. La última vez, dos amigos suyos fueron acribillados a balazos en la puerta de mi casa.

—Muchas gracias por su interés hacia nosotros —respondió Sphyles burlonamente.

—Oh, ustedes no me importan en absoluto. Pero luego la acera se pone perdida de sangre y los vecinos protestan. La señora Calloner se queja de que los tiros hacen perder el habla a su loro Lord Nelson; la señora Evans se quejó de que su gata había tenido un parto prematuro... Si quieren hacerse matar, váyanse a otra parte.

Sphyles blandió el puño amenazadoramente.

—Volveremos a vernos —se despidió.

Teal aguardó en el mismo sitio, hasta que el trío se hubo perdido de vista. En aquel instante, sonó el teléfono.

CAPITULO VI

Myrna oyó el timbre y corrió hacia la mesa de despacho. En la sala, Teal hizo lo mismo, aunque la muchacha llegó un segundo antes.

Un hombre preguntó:

—¿La señorita Cleveland, por favor?

—Sí, yo misma. ¿Quién me llama?

—Soy Hardy Clayborne, abogado. Señorita, Me interesaría hablar con usted acerca de las tierras de Sandy Creek.

—Ah... —Myrna pareció dudar un momento, pero reaccionó en seguida—. Señor Clayborne, mucho me temo que esas tierras carezcan de interés alguno para nadie.

—Todo depende del punto de vista, señorita —respondió el abogado—. ¿Cuándo podrá venir a verme a mi despacho?

—No lo sé... Tengo un empleo...

—Terminaré a las cinco, supongo. Yo suelo quedarme más tiempo. Venga a verme al Arlington Building, a partir de esa hora.

—Está bien, señor Clayborne.

Myrna colgó el teléfono. Teal apareció en el despacho segundos más tarde.

—He oído la conversación por el otro teléfono —dijo,

—Entonces, no hace falta que te diga nada —respondió ella.

—¿Crees que es una llamada auténtica?

—¿Por qué no iba a serlo? Hardy Clayborne fue el abogado que intervino en el asunto de mis tierras, cuando compré aquella parcela en Sandy Creek.

—Ah, eres propietaria...

—Sí, Mi terreno mide unos cincuenta mil metros cuadrados. Fue una buena ocasión, pero luego, los asuntos se me torcieron... y no pude edificar allí mi casa, como había pensado en un principio.

—Por lo visto, ahora pretenden comprarte tu propiedad.

—Si no me ofrecen un precio interesante, no venderé.

—Muy bien, la decisión es tuya. Ahora tendrás que dispensarme, pero he de salir. No sé a qué hora volveré, así que considérate como en su casa. Y cuando den las cinco, da la jornada por concluida.

—Sí, de acuerdo. Una pregunta, por favor.

—Dispara, Myrna —sonrió Teal.

—¿Dónde te «sentaste» cuando vinieron esos tres tipos?

El joven lanzó una alegre carcajada.

—Sigues intrigada, ¿verdad?

—No te puedes figurar...

—Aún no ha llegado el momento. Ten paciencia, por favor.

Silbando una vieja melodía, Teal se encaminó a su dormitorio, en donde se cambió de ropa. Luego sacó el coche y se dispuso a visitar a Olga Cattin.

* * *

La enfermera abrió una rendija y miró suspicazmente a su visitante.

—Ah, eres tú —dijo.

Olga retiró la cadena de seguridad con la mano izquierda. Al abrir, Teal se dio cuenta de que la derecha estaba oculta por su cuerpo.

—Deja la artillería —recomendó.

Ella puso el revólver encima de una consola.

—Es lógico que guarde precauciones, ¿verdad?

—Dé tontos o de locos sería no ser precavido, después de lo que sucedió anoche. ¿Por qué querían liquidarte?

Olga se encogió de hombros. Teal la vio vestida con una bata muy ceñida a su cuerpo, de formas exuberantes. El pelo estaba suelto y su rostro aparecía limpio de maquillaje.

—Alguien me quiere mal —contestó.

—A causa de un sobre, supongo.

Olga se dirigía al interior del apartamento y se volvió bruscamente al oír aquellas palabras.

—¿Quién te ha dicho...?

—La misma a la que entregaste el sobre que luego le robaron en plena vía pública.

—Lo siento, Dennis.

—Sientes, ¿qué, Olga?

—No puedo ser más explícita, dispénsame.

—Olga, ¿qué clase de documentos contenía un sobre que, normalmente, está destinado a guardar radiografías?

—¿Qué pasará si no quisiera decírtelo?

—Pensaría muy mal de ti. Y hay motivos, me parece.

—Está bien —admitió ella de mal talante—. Cometí una falta... y podría costarme el puesto, ¿comprendes?

—¿Qué clase de falta?

Olga, muy nerviosa, buscó cigarrillos y se puso uno en los labios. Teal se lo encendió galantemente.

Al cabo de unos momentos, ella respondió:

—Contenían las fotocopias de unos historiales médicos, es todo lo que puedo decirte.

Las cejas de Teal se levantaron.

—¿Historiales médicos? —repitió.

—Sí —contestó Olga con evidente mal humor—. Me pagaban bien y yo no vi nada malo... hasta cierto punto, claro. Si se enterasen en el hospital, me despedirían.

—Siempre te quedaría el Koko'mi para no morirte de hambre, pienso yo.

—Oh, eso no me da apenas dinero. Stormer es un buen amigo. Yo le ayudo en ocasiones, eso es todo.

Teal se dio cuenta de que Olga no decía toda la verdad. Mentía en algunos aspectos, aunque sí era muy probable que hubiera sido sincera en lo referente al sobre.

—¿Quién tenía tanto interés en el sobre? —preguntó el joven.

—Wean, por supuesto.

—No, no me refería a Wean. Ya sé que montó una oficina para esa comedia pero alguien lo asesinó... y es que supongo que el sobre contenía algo más valioso que historiales médicos.

Olga pateó furiosamente el suelo.

—¡Pues aunque no lo creas, así es! —barbotó, colérica. Teal se encogió de hombros.

—La verdad, no sé por qué me preocupo de este asunto —dijo—. Sólo quería ayudarte, pero si tú misma no quieres colaborar...

Fue hacia la puerta, asió el pomo y, tras unos segundos de reflexión, se volvió hacia la enfermera.

—¿Sabes mi dirección?

Olga hizo un gesto negativo. Teal sacó una tarjeta de visita y la dejó sobre una consola situada junto a la entrada. —Si cambias de parecer, llámame por teléfono o ven a verme —se despidió.

Al quedarse sola, O ¿a aplastó el cigarrillo en un cenicero y luego volvió a patear el suelo.

—Malditos, malditos sean todos... —dijo, con claro acento de furor.

* * *

Entró en aquella tienda a comprar algunas cosas que necesitaba y luego, con un par de paquetes en las manos, salió a la calle, A pocos pasos de distancia, había un semáforo para peatones. Fue hasta allí y se dispuso a esperar la luz verde. En el mismo instante, sintió que le tocaban en el hombro.

—Caballero...

Teal se volvió. Un hombre de mediana edad, vestido

correctamente, aunque en mangas de camisa, le miraba sonriente. —Perdone que le moleste, caballero —dijo el individuo—. Pero me gustaría mostrarle una cosa. Soy Link Seattis, propietario de esa tienda donde se venden televisores y otros cacharros electrónicos. ¿Tendría la bondad de entrar unos minutos? Le aseguro que no le va a pesar.

Teal dudó. Sin duda, Seattis tenía ganas de vender y le había elegido para hacerle una demostración de los aparatos que tenía en su tienda. Seattis parecía muy amable y le dio un poco de apuro contestarle con una negativa.

—Muy bien —accedió al cabo—. Veamos qué tiene para enseñarme.

Dio media vuelta y entró en la tienda, muy bien surtida, según pudo apreciar. Había una mujer de cierta edad, de agradable presencia, y una muchacha de poco más de quince años.

—Mi mujer y mi hija —presentó Seattis—. Me ayudan en el negocio. Los tiempos están muy malos y no puedo darme el lujo de contratar un empleado.

—Sí, es cierto —convino el joven cortésmente—. ¿Cómo están ustedes, señoras?

Hubo un breve intercambio de saludos. Luego, Seattis condujo al joven hacia un extremo de la tienda, en donde había una pantalla gigante de televisión, de cincuenta y dos pulgadas. Al lado se veía una estantería repleta de cartuchos de cinta de video.

Seattis examinó la estantería durante unos momentos. Luego, tras una exclamación de alegría, extrajo una «cassette» y la introdujo en el aparato de reproducción.

Segundos después, se iluminó la pantalla. Estupefacto, Teal se vio a sí mismo, cruzándose con Myrna. Y también oyó su voz:

—¡Mi madre! Cosas así sólo salen una de cada den millones...

En la pantalla, Myrna se volvió y le dirigió una tenue sonrisa. Instantes después, apareció un hombre que le arrebató el sobre que llevaba, echando a correr de inmediato.

Luego surgieron los tipos de las cazadoras de cuero negro...

Al cabo de unos minutos, Teal se volvió hacia el dueño de la tienda.

—¿Y bien, señor Seattis?

—Permíteme que le explique —dijo el comerciante—. Tengo instalada una cámara de televisión oculta, que toma escenas de lo que pasa en la acera. Muchas veces, grabo los movimientos de personas que pasan por delante de la tienda y las registro en cinta de video. Si aprecio que pueden ser clientes potenciales, les hago pasar y les enseño la escena grabada. Créame, esto ayuda mucho a la vente, señor...

El joven reaccionó.

—Oh, todavía no le he dicho mi nombre. Perdone, soy Dennis

Teal... y aún no he salido de mi asombro al saber que usted grabó aquel incidente.

—Usted se marchó antes de que yo pudiera decirle nada, pero conservé la grabación. Pensé que algún día podría verle y hoy he tenido la fortuna de encontrarle frente a mi tienda.

Teal sonrió. Sin duda, Seattis esperaba una buena compra. Pero, de repente, se le ocurrió una idea y se sintió muy alarmado:

—Perdone —exclamó—. ¿Enseñó a la Policía esa grabación?

—No. No me pareció un incidente digno de ser denunciado. Ciertamente, a la dama que se quedó en paños menores, no le haría ninguna gracia y, supongo, el sobre no debía de contener nada valioso. Si hubiese sido dinero, el sobre habría sido mucho más pequeño, suponiendo que ella se hubiese atrevido a llevarlo tan a la vista. Por otra parte, ¿para qué denunciar a un ladronzuelo y a unos bribones desvergonzados? A las dos horas, estarían ya en la calle y yo me habría tomado unas molestias en vano... y tal vez esos tipos luego habrían venido a tomarse unas represalias... Las cosas están mejor como están, señor Teal.

—Creo que tiene usted razón, amigo mío —convino el joven. ¿Cómo le decía a aquel buen hombre que los tipos de las cazadoras negras eran unos asesinos? Le daría un mal rato sin motivo y...

Seattis extrajo el cartucho de cinta y se lo entregó. El joven dudó unos momentos.

Al fin, dijo:

—Señor Seattis, lamento decirle que ya tengo en casa televisor y aparato de video. No obstante, le abonaré el importe de la cinta con mucho gusto y, créame, en lo sucesivo, considéreme como su cliente más adicto.

—Con esto me basta, señor Teal —respondió el comerciante.

A la mañana siguiente, cuando Myrna llegó a su trabajo, Teal le hizo una pregunta:

—¿Qué tal la entrevista con el abogado?

—Bien, no puedo quejarme —contestó ella evasivamente.

—Lo celebro. Myrna, ¿quieres mirar un momento la pantalla de ese televisor?

Myrna accedió, sin comprender muy bien lo que el joven quería de ella. A los pocos momentos, se derrumbó en una silla, completamente desmadejada.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

Teal sonrió sibilinamente.

—Un buen amigo...

—¿Estaba allí cuando me robaron el sobre?

—Sí.

Myrna se irguió vivamente.

—Dennis, ¿te das cuenta? Con esa grabación podríamos agarrar al ladrón que me quitó el sobre.

—Y más todavía; en esa cinta están registrados los rostros de los dos tipos que cometieron un doble asesinato en la puerta de mi casa.

En aquel momento, se oyó un zumbido.

—¡Viene alguien! —exclamó Myrna.

Teal se acercó a una de las ventanas. Inmediatamente, reconoció al visitante.

—¡Es Jerry! —dijo.

Abandonó el despacho y fue al encuentro de su amigo. Haynes entró en la casa, y al joven se asombró enormemente, al verle con una expresión de infinito abatimiento, terriblemente desmoralizado.

—Jerry, ¿qué te sucede? —preguntó.

—Algo espantoso...

Teal se asustó.

—¡Myrna, trae una copa de coñac! ¡Pronto, por favor!

—Sí, ahora mismo, Dennis —contestó la muchacha.

—No es necesario... —gimió Haynes— Nada podrá aliviarme...

—¡Por los clavos de Cristo! —clamó Teal—. ¿Es que no puedes explicarme de una maldita vez lo que te sucede?

Myrna llegó corriendo con la copa de coñac en la mano. Teal se la quitó y obligó a su amigo a que tomara unos sorbos.

—Estoy muy enfermo... —se lamentó Haynes—. El examen médico me ha encontrado un montón de cosas que no sabía pudiera tener... Tengo que internarme en una clínica, dirigida por un médico y famoso, en donde quizá puedan conseguir algo, aunque no es seguro...

Myrna se puso una mano en la boca, a la vez que emitía un grito de horror. Teal se sentía atónito.

—Pero... Jerry, tú eras fuerte como un toro; tenías una salud a prueba de bombas...

—Fachada, pura fachada. Por dentro soy una ruina, un cascajo... Si ese médico no consigue nada, en manos de dos meses estaré mirando las margaritas desde abajo.

—No me lo puedo creer —murmuró el joven, realmente apesadumbrado—. ¿Y cómo has sabido que te encuentras tan enfermo?

—Bueno... fui al Hospital General para hacerme un reconocimiento rutinario... Verás, voy a casarme, aunque hasta ahora no te había dicho nada... No tenía ganas de encontrarme con una sorpresa después del matrimonio... Tú sabes muy bien

que he sido un poco... Casanova...

Teal contuvo una sonrisa. «Un poco Casanova... Casanova, a tu lado, era un fraile cartujo, con votos de castidad perpetua», pensó.

—¿Y bien?

—Entonces, me encontrarán todas esas cosas... y el médico que me reconoció auguró Un máximo de dos meses de vida, si no me sometía al tratamiento que puede aplicarme ese famoso doctor. Hoy mismo me internaré en su clínica privada. No sé si nos volveremos a ver, Dennis —concluyó Haynes dramáticamente.

CAPITULO VII

Haynes se había marchado, rechazando el ofrecimiento del joven para llevarlo a la clínica. Teal y Myrna se quedaron solos.

Ella se sentía terriblemente afligida.

—Pobre Jerry... Hace poco más de una semana era la viva estampa de la vitalidad y de la alegría de vivir... y ahora, apenas le quedan dos meses de existencia.

Teal no dijo nada. Estaba paseándose por la habitación, con aire pensativo. En las declaraciones de su amigo había algo que no acababa de encajar, se decía, aunque no era capaz de encontrar el punto dudoso por el momento.

Bruscamente, se volvió hacia la muchacha.

—Está bien, por ahora, no podemos hacer nada en favor de Jerry. Ese médico famoso lo curará, sin duda. Nosotros tenemos nuestro trabajo. ¿Entendido?

Myrna señaló el aparato de vídeo.

—¿Piensas hacer algo con eso? —preguntó.

—Tengo que pensar algo, pero aún no he decidido nada en concreto —respondió él

—Muy bien. Yo seguiré con mi trabajo. Si me necesitas para algo, no dudes en pedírmelo —dijo la joven con toda naturalidad.

Teal seguía preocupado con la inesperada declaración de su amigo Haynes. Casi de repente, se dio cuenta de que no le había preguntado las causas de la dolencia tan grave que le había quejado de forma tan inesperada.

—Y lo que es peor todavía —dijo en voz alta.

—¿Qué es peor? —exclamó Myrna.

—No le he preguntado dónde está la clínica donde va a internarse ni por el nombre del médico tan famoso que, supongo, debe de ser su director.

—Eso tiene fácil arreglo, hombre. Te lo dirán en el hospital. Olga puede hacerlo, creo.

—Sí, seguramente.

Teal, sin embargo, decidió desentenderse por el momento de aquel problema. Había otro más urgente, le parecía.

Rebobinó la cinta de vídeo y la hizo pasar de nuevo por la pantalla, a velocidad lenta e, incluso, «congelando» la imagen a fin de captar más detalles.

De los tipos de las cazadoras negras, poco se podía sacar. En cambio, el ladrón del sobre aparecía con más detalles. Era un sujeto joven, medio calvo y de rostro blando y más bien fofo. Lo cual no le había impedido mostrar una singular agilidad a la hora de escapar, una vez el sobre en su poder.

De repente, se le ocurrió una idea. Fue al teléfono y llamó al hospital. Momentos más tarde, estaba en contacto con Olga Cattin.

—Tengo que pedirte un favor —manifestó—. Quiero enseñarte una grabación en vídeo. ¿Tienes aparato en tu casa?

—Sí, recientemente me compré uno... ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría enseñarte algo. Saldrás a las cinco, supongo.

—Desde luego.

—Muy bien. Ve a tu casa directamente, sin entretenerte por el camino. Yo llegaré al mismo tiempo. ¿Entendido?

—Sí, pero... ¿no puedes decirme de qué se trata?

—Ya lo sabrás en su momento. Adiós.

Teal colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Voy a salir —dijo—. Esta grabación es única y quiero sacar una copia.

—¿Tienes miedo de que te la roben?

—Los protagonistas de la escena ignoran que sus imágenes están registradas. Si lo supieran, harían cualquier cosa por llevarse la cinta.

—Entiendo. Con una grabación única, destruida, no se podría hacer nada contra ellos.

—Exactamente. Bien, nos veremos mañana, porque yo ya no volveré antes de que hayas terminado tu tarea.

—Si quieres que te aguarde... —se ofreció Myrna.

—No será necesario.

Inmediatamente, Teal fue a la tienda de Seattis y pidió que le hicieran una copia de la grabación. Cuando la tuvo hecha, la envolvió adecuadamente y se dirigió a una estafeta de Correos cercana. Puso sellos en el paquete y lo depositó en un buzón, dirigido a su nombre.

Respiró satisfecho. Si ahora ocurría algo, ya no se perdería la grabación que tanto podía comprometer a tres granujas.

* * *

Olga abrió, anundándose todavía el cordón de la bata. Miró al joven y sonrió.

—Eres puntual —dijo.

—Me gusta serlo —respondió él.

—Es una hermosa virtud. Anda, pasa, y te serviré algo de beber.

—Café, por favor.

—Como quieras.

Olga taconeó hacia la cocina. Teal vio en la sala el televisor con el aparato de vídeo y puso la cinta en el alvéolo correspondiente. Luego esperó a que regresara la enfermera.

Después de tomar un poco de café, puso en marcha el aparato. A los pocos momentos, Olga lanzó una exclamación de asombro.

—¡Cielos! Es increíble...

—Sorprendente, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿cómo lo has conseguido?

—Ese es mi secreto —dijo Teal—. ¿Conoces a alguno de los tipos que han aparecido en la pantalla? ¿Quieres que repita la grabación?

Ella hizo un gesto negativo.

—No es necesario. Conozco al ladrón del sobre. Se llama Lou Chapman, pero no sé dónde vive. De todos modos, creo que podría averiguarlo esta misma noche.

—En el Koko'mi, supongo.

—Desde luego.

—¿Qué me dices de los otros dos?

—Muy poco. He oído rumores de dos tipos, que actúan siempre juntos. Uno de ellos conduce el coche o la motocicleta. El otro se encarga de usar la pistola.

—¿No podrías averiguar más detalles?

Olga se mordió los labios.

—Dennis, ¿por qué no te sales de este asunto? —sugirió.

—¿Qué dices? —se sorprendió el joven.

—Es demasiado peligroso. Te juro que no sé todos los detalles..., no he oído gran cosa, pero sé que hay mucho dinero en danza..., y también sé que hay gente a la que no le importa deshacerse de los demás, si consideran que están en peligro.

—Bueno, pero ¿no puede darme una idea aproximada de lo que sucede?

—No —contestó Olga—. Sólo sé que alguien está consiguiendo enormes sumas de dinero, por procedimientos que ignoro.

—Sí, pero ¿de dónde saca ese dinero?

—De gente que lo tiene, claro. No te lo van a pedir a ti o a mí —respondió la enfermera vivamente—. Podrían sacarnos, tal vez, unos miles de dólares, pero el asunto es de cientos de miles.

—Sí, un asunto de envergadura —convino el joven—. De modo que los tipos de la moto son algo así como unos ejecutores...

—Exactamente. Alguien les ordena quitar de en medio a una persona y lo hacen sin el menor remordimiento.

—Stormer, sin duda, sabrá algo —apuntó Teal.

—Si lo sabe, no me lo ha dicho, Dennis.

Teal meditó unos segundos. Luego se encaró con la enfermera.

—Olga, dime la verdad, ¿por qué tienes que ir tú a diario al Koko'mi? —preguntó.

—¿De veras quieres saberlo?

—Si no tienes demasiado inconveniente...

Ella lanzó un hondo suspiro, que dilató su pecho de amplias curvas. Luego sonrió:

—Parece una fábula, pero es cierto —dijo—. Hace un par de años, un cliente agradecido me dejó en su testamento una bonita manda. Cincuenta mil dólares, para ser más exactos. Dijo que nunca le habían atendido tan bien y que era una lástima no haberme conocido antes. El pobre hombre tenía una familia que parecía una colección de cuervos esperando el momento de devorar la carroña. Antes de que le llegase su última hora, hizo un nuevo testamento.

—Comprendo. Pero eso no tiene nada que ver con el Koko'mi, Olga.

—Estás equivocado. Me pertenece el sesenta por ciento de las acciones de ese local. Compré el paquete en una buena ocasión. Había estado allí varias veces y sabía que era una excelente inversión. Lo conseguí por la mitad del nominal, Treinta y cinco mil dólares en total. Ya he recuperado la inversión inicial y conseguido un beneficio del cuatrocientos por ciento.

—En dos años, tan sólo —dijo él, admirado.

—Sí. Por eso voy prácticamente todas las noches. Hay que vigilar el negocio, Dennis.

—Es la mejor forma de progresar, sin duda. Olga, volvamos ahora al sobre que contenía los historiales médicos.

Ella se removió inquieta en el diván.

—No me gusta hablar de eso —declaró.

—¿Por qué? —inquirió Teal.

—Verás... es la primera vez que cometo una falta semejante... Creo que me dejé engatusar por Wean... Era un tipo muy simpático, con mucha labia y muy atento... Dijo, en fin, después de un tiempo que empleó en ganarse mi confianza, que era agente de seguros y que sólo quería saber algo acerca de determinadas personas, que podían ser clientes en potencia.

—¿Te pagó algo?

Olga volvió a suspirar.

—Debo admitir que soy una mujer muy aficionada al dinero. Dos mil dólares —respondió.

—Pero luego asesinaron a Wean...

—¡En ese asunto yo no tengo que ver nada! —exclamó Olga vivamente—. Te aseguro que me llevé una impresión fortísima cuando conocí la noticia

—Wean te engañó. No era agente de seguros. Se hacía pasar por alguien metido en el negocio de importación y exportación. Pero si ese sobre contenía fotocopias de historiales médicos, tú, sin duda, recordarás los nombres de las personas a las que se referían esos datos.

—Tengo algo mejor —sonrió la enfermera—. La lista de las personas cuyas historias clínicas figuraban en aquel sobre.

Olga se levantó, fue a una Consola, abrió un cajón y extrajo un papel, que entregó al joven. Teal pudo leer siete u ocho nombres, todos los cuales le resultaban desconocidos, a excepción de uno: Jerry Haynes.

Señaló con el dedo el nombre de su amigo.

—¿Lo conocías? —preguntó.

—No. Sólo puedo decirte que tenía fijados el día y la hora para un reconocimiento general, pero no se presentó.

—¿Sabes qué médico tenía que examinar a Haynes?

—El doctor Limmington. Es el que hizo los exámenes de las otras personas.

—Muy bien. Olga, quiero pedirte un favor.

—Sí, dime.

—Necesito saber cuanto antes dónde vive Chapman. ¿Podrás conseguirlo esta noche?

—Lo intentaré.

—Procura averiguar también lo que sepas de la pareja de asesinos.

—Haré lo que pueda, Dennis.

—Gracias. Ha sido una entrevista muy interesante.

Teal se puso en pie. Olga le miró con los ojos entornados.

—¿Te vas?

—Claro. Aquí ya no tengo nada que hacer...

—¿Estás seguro?

El joven sonrió y volvió a sentarse junto a la enfermera. —Si me quedo, ¿qué tendría que hacer?

Olga cogió una de las manos del joven y la puso sobre su pecho exuberante.

—Dame tu opinión —solicitó.

—Redondo, turgente, excitante... ¿Cómo es el resto?

Olga se puso en pie y tiró del joven.

—¿Por qué no lo averiguas en otra parte?

—Claro, encanto. Teal se levantó de nuevo y rodeó con sus brazos la cintura de la enfermera. Cuando las dos bocas iban a juntarse, sonó el timbre de la puerta.

Olga lanzó una exclamación poco académica.

—¿Quien será el hijo de perra que viene a interrumpirnos en lo

mejor?

—No —corrigió Teal—. Sólo interrumpe el prólogo, pero no la escena culminante.

El timbre sonó dos veces. Olga deshizo el abrazo de mala gana.

—Vuelvo en seguida —dijo—. A ese importuno, le voy a pegar una patada en la entrepierna, para que se acuerde toda su vida del día en que se le ocurrió llamar al timbre a estas horas.

Olga cruzó la sala, taconeando vivamente. Teal se acercó al televisor, para recobrar la cinta de vídeo.

En el mismo instante, oyó un agudo chillido:

—¡No, no!

Volvió la cabeza. Dada su posición, la puerta abierta le ocultaba al visitante y apenas si podía ver parte de la espalda de la enfermera. En el mismo instante oyó un leve chasquido. Olga saltó hacia atrás, con los brazos extendidos, y cayó de espaldas.

Alguien cerró la puerta sin hacer ruido. Teal vio la mancha de sangre que había aparecido repentinamente en el pecho de Olga y sintió que se le paralizaba el corazón.

Durante unos segundos, no supo qué hacer. Luego corrió junto a la enfermera y se arrodilló a su lado.

Olga respiraba todavía, pero Teal apreció que sólo le quedaban unos segundos de vida. De pronto, se levantó de un salto y corrió hacia la ventana.

Un hombre salía de la casa en aquel momento. Llevaba largas melenas y vestía una cazadora de cuero negro.

En la calle aguardaba una motocicleta con el motor en marcha, pilotada por otro tipo de aspecto idéntico. La moto emitió un potente rugido y arrancó a toda velocidad, perdiéndose de vista en contados segundos.

CAPITULO VIII

Myrna dirigió una mirada de simpatía al joven, cuando apareció en el despacho a la mañana siguiente.

—Apostaría a que no te sientes nada bien —dijo.

Teal movió la cabeza.

—No, no estoy lo que se dice eufórico —contestó.

—Debió de ser horrible, ¿verdad?

—Imagínate... Estábamos charlando tan tranquilamente y viene el tipo, con su pistola silenciosa...

—La otra vez no usó silenciador —recordó ella.

—Tenían la moto y el escape hacía el ruido suficiente para ocultar las detonaciones. Pero ahora tenía que usar el revólver en un tercer piso. Si hada ruido, no podría escapar tan cómodamente.

—Comprendo. Dennis, ¿qué piensas hacer ahora?

—Tengo que ir al Hospital General. Quiero hablar con el doctor Limmington.

—¿Quién es ese médico?

—Reconoció a Jerry y le encontró esa enfermedad tan grave que, por cierto, desconozco todavía. Espero que el doctor Limmington pueda darme detalles de la dolencia de mi amigo.

—Sí, pero ¿qué puedes hacer, aunque te diga lo que tiene Jerry?

—Myrna, quizá ignores todavía que también tengo mi título de médico. No he practicado la medicina, porque después de graduarme, derivé hacia otras actividades científicas. El decano de la Facultad de Medicina me dijo en cierta ocasión que yo podría ser un magnífico cirujano algún día.

—Vaya, sí que es una sorpresa —exclamó Myrna—. ¿No te gusta la cirugía?

—Bueno, es un poco largo de contar... En cierta ocasión, intervine como ayudante en una operación para sustituir un trozo de vena... Bueno, abreviando, el plástico que se empleaba no acababa de convencerme del todo y empecé a hacer pruebas, seguí investigando...

—Adivino lo que vas a decirme. Has descubierto un plástico totalmente invisible.

—Aún más: de nulo poder de refracción, bajo cualquier ángulo de incidencia de la luz. Lo cual, como has dicho muy bien, lo hace absolutamente transparente.

—Dennis, si patentas ese plástico, te forrarás de millones...

Teal movió la cabeza tristemente.

—Tiene un inconveniente. Pierde parte de sus virtudes a los treinta días y su transparencia deja bastante que desear. Por eso quiero encontrar la fórmula definitiva, ¿comprendes?

—Es decir, que siga siendo totalmente invisible lo mismo el primer día que dentro de diez años.

—Exacto. Voy por buen camino, debo admitirlo, pero aún me falta algo... En fin, si acabo de una vez este maldito asunto, podré entregarme de lleno a mis investigaciones y acabar en seis meses a lo sumo.

—Te deseo el éxito más rotundo, Dennis —sonrió Myrna.

—Gracias. Bueno, sigue con tu trabajo. Yo voy a ver si puedo entrevistarme con el doctor Limmington. A la tarde tendré que hacer algo muy poco agradable.

—¿Qué, Dennis?

—Asistir al entierro de Olga.

—Me gustaría acompañarte —dijo la muchacha.

—Muy bien. Iremos juntos al cementerio —se despidió Teal.

* * *

La enfermera abrió la puerta y se echó a un lado.

—Pase, doctor Teal —invitó.

El joven aguardaba sentado en una sala de espera y se levantó para pasar al despacho donde se encontraba el doctor Limmington. Teal vio que era un hombre de unos cuarenta años, de aspecto insignificante y mirada poco firme.

—Doctor Limmington, tengo mucho gusto en saludarle —dijo Teal—, Permítame expresar mis disculpas por la pérdida de tiempo que pueda suponerle mi visita, pero he creído oportuno venir a verle, debido a la gran amistad que me une con uno de sus pacientes, el señor Haynes.

—Ah, Jerry Haynes —murmuró Limmington—. Siéntese, querido colega. La verdad es que no sé cómo empezar para decirle lo que le sucede a su amigo.

—Los dos somos médicos —sonrió Teal.

—Sí, pero también somos personas y nos afecta mucho la suerte de un paciente, sobre todo cuando, como en su caso, existe un fuerte lazo de amistad. Nuestra profesión no nos exime de sentir dolor por los padecimientos de un cliente.

—Desde luego. Dígame, doctor, ¿qué tiene mi amigo?

Limmington se puso en pie.

—Mejor que decírselo de palabra, le daré su historial clínico, para que usted mismo sepa de qué se trata —contestó,

El galeno fue a un archivador y extrajo una carpeta que puso en manos de Teal. Este la abrió y hojeó durante unos momentos los resultados de los distintos análisis. Al terminar, se sentía aterrado.

—Dios mío, este pobre hombre está con un pie en la tumba —exclamó, sin poder contenerse.

—El señor Haynes vino demasiado tarde —dijo Limmington con acento de tristeza—. Claro que no se han perdido todas las esperanzas...

—¿Cómo?

—Verá, hay un médico que ha descubierto un nuevo método curativo. No siempre es efectivo, pero los porcentajes de curaciones son lo suficientemente altos como para abrigar ciertas esperanzas de recuperación.

—Oh, pero eso sería estupendo, doctor —dijo Teal—, ¿Dígame, por favor, quién es ese médico?

—Es el doctor Karkhov, un profesional sumamente competente y que lleva muchísimos años dedicado a la investigación. Creo, sinceramente, que su amigo tiene muchas esperanzas...

—Así lo espero yo. Y, dígame, ¿dónde tiene la clínica el doctor Karkhov?

—Lo siento muchísimo. El doctor Karkhov es un tanto maniático en ciertos aspectos y no permite que sus pacientes reciban visitas.

—¿Ni siquiera de un colega? —preguntó el joven, sorprendido.

—El doctor Karkhov podría tomarlo como una intromisión en sus sistemas terapéuticos. No, la prohibición es tajante. Ni siquiera yo mismo puedo ver a un paciente, una vez que el doctor Karkhov ha aceptado sea internado en su clínica.

Teal se puso en pie.

—Es preciso acatar siempre las decisiones de un profesional. —Tendió la mano a través de la mesa—. He tenido un gran placer en conocerle, doctor Limmington.

—A su disposición, querido colega —respondió Limmington untuosamente.

* * *

El sacerdote recitó las últimas oraciones y luego arrojó un puñado de tierra sobre el féretro que ya estaba en el fondo de la sepultura. Teal se inclinó, tomó un poco de tierra y la arrojó también. Myrna le imitó y lo mismo hizo Pickton Stormer.

Había muy poca gente en la ceremonia. Una vez terminado el fúnebre acto, los asistentes empezaron a retirarse en busca de sus coches.

Teal se adelantó unos pasos, para alcanzar a uno de los presentes en el entierro.

—Señor Stormer...

El hombre se volvió.

—Ah, es usted, señor Teal.

—Desearía hablar unos momentos con usted, si no tiene inconveniente —manifestó el joven.

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

Stormer fijó la vista en la muchacha. Teal se dio cuenta.

—Perdone, no le había presentado... Myrna Cleveland, mi secretaria. Myrna, te presento al señor Stormer.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—¿Cómo está, señor Stormer?

—Es un placer, señorita Cleveland —dijo el sujeto—. Y bien, señor Teal, ¿qué quiere usted de mí?

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Lou Chapman?

Las cejas de Stormer se alzaron vivamente.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó.

—Usted, en cierta ocasión, parecía muy interesado por conocer el paradero de la señorita Cleveland.

—Es cierto.

—Bien, aquí la tiene. Ahora, dígame dónde puedo encontrar a Chapman.

—¿Qué le pasa con ese individuo?

—¿Por qué buscaba usted a la señorita Cleveland?

Stormer sonrió ligeramente.

—Veo que no estamos dispuestos a ceder —contestó—. Le propongo un trato, señor Teal.

—Si resulta conveniente...

—Creo que sí. Mire, yo le digo por qué quería hablar con la señorita Cleveland y usted me dice para qué busca a Chapman. ¿Hace?

—De acuerdo. Chapman robó un sobre que Myrna debía entregar a Wean. Quiero saber quién le encomendó robar ese sobre y por qué lo necesitaba tanto. ¿Satisfecho?

—De! todo. Encontrará a Chapman, a partir de las ocho, en el Blue Bird, Calle Treinta y Cuatro, hacia el número mil setecientos, más o menos. Ahora bien, en cuanto a mi interés por la señorita Cleveland le diré que se refería, precisamente, a ese mismo sobre.

—¿De veras? —se asombró el joven.

—Puede creerme. Yo quería hablar con ella, para saber quién le había robado el sobre. Olga me lo había contado todo y se daba cuenta de que había cometido una grave imprudencia al aceptar las proposiciones de Wean. Simplemente, quería ayudarla, eso es todo.

Teal miró de reojo al sujeto.

—Me gustaría creer en su sinceridad —manifestó.

Stormer se encogió de hombros.

—Ahora ya todo me da igual —contestó. Señaló con el mentón hacia el lugar donde dos hombres arrojaban paladas de tierra a una sepultura—. Ella está muerta y eso es algo que no se puede evitar. Pero quizá algún día se lo haga pagar caro a sus asesinos.

Teal se dio cuenta repentinamente de los sentimientos de Stormer.

—Usted apreciaba mucho a Olga —dijo.

—Tenía sus defectos, claro está. Era bastante apegada al dinero y, como se suele decir, estrujaba los billetes hasta que los tipos retratados en ellos empezaban a chorrear sudor. Pero, por lo demás, era una mujer excepcional. Nunca se metía en mi trabajo, me dejaba actuar con entera confianza...

La mano del joven se apoyó en el brazo de Stormer.

—Alguien pagó al asesino que le metió una bala en el corazón. Uno y otro le pagarán bien caro y desearán un día no haber oído jamás el nombre de Olga Cattin —aseguró firmemente.

Stormer se marchó. Teal y Myrna quedaron unos momentos quietos en el mismo sitio.

Al fin, ella preguntó:

—Dennis, ¿qué vas a hacer ahora?

—Quiero hablar con Chapman —contestó él ceñudamente.

Myrna se estremeció.

—Puede resultar arriesgado —dijo.

Teal se volvió hacia la muchacha.

—Chapman empezó a correr un riesgo insuperable el día en que decidió robarte el sobre —contestó.

CAPITULO IX

Entró en el Blue Bird poco después de las ocho y paseó la mirada por el local. Había varias mesas de billar y, en una de ellas, Lou Chapman ejercitaba sus habilidades con el taco y las bolas.

Teal se acercó al sujeto, que no parecía haberse dado cuenta de su presencia y, de pronto, lanzó algo sobre la mesa.

—Quita esa porquería, tú —rezongó Chapman.

Teal se dio cuenta de que la fotografía había caído en mala posición, con el reverso hacia arriba.

—Es una vista muy interesante —dijo.

—No me gustan las fotografías «porno». Prefiero lo vivo —contestó Chapman—. Y si no quitas esa maldita foto ahora mismo, te meteré el taco por la boca y... ¿adivinas por dónde

saldrá?

Teal no se inmutó. Alargó la mano y dio la vuelta a la cartulina. La fotografía había sido impresionada a base de una de las escenas grabadas en vídeo y en ella se veía a Chapman en el momento de tirar del sobre que Myrna llevaba en las manos.

—No es una fotografía «porno», Lou —dijo el joven suavemente.

Hubo un instante de silencio. Teal apreció la respiración muy alterada de Chapman y las manos crispadas en torno al taco de billar. Presintió que iba a suceder algo y se preparó para repeler un posible ataque.

Súbitamente, Chapman levantó el taco y trató de golpearle en la frente. Teal alzó las dos manos a la vez, separadas cosa de un metro, y aguantó el impacto.

El taco chocó contra un obstáculo invisible y se partió con seco chasquido. Parte del taco voló por los aires. Chapman se quedó con la boca abierta.

—Soy un gran mago —dijo Teal sonriendo.

Chapman dio media vuelta. Teal adivinó sus intenciones y alargó la mano derecha, en la que llevaba un bastón hecho del plástico absolutamente invisible. La curva del bastón ciñó la garganta del sujeto y lo hizo retroceder con fuerza.

—Lou, si intentas jugarme una mala pasada, lo vas a tener que lamentar muchísimo —manifestó el joven—. ¿No hay un sitio donde podamos hablar a solas, sin que nos molesten?

Chapman, aterrado y también desconcertado, se volvió frotándose la garganta dolorida.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué demonios quiere?

—Tengo entendido que hay aquí reservados —dijo Teal plácidamente—. Podemos retirarnos a uno de ellos y así charlaremos con toda tranquilidad. Y tú podrás contestar a unas cuantas preguntas referidas al sobre que robaste.

Chapman pareció dudar un momento, pero cedió finalmente.

—Está bien —gruñó—. Sígame.

—Lou, no trates de hacerme una jugarreta —advirtió el joven.

Chapman dijo que no pensaba hacerlo, pero Teal no se fiaba en absoluto del hampón. Momentos después, entraban en el reservado. Entonces, Chapman sacó un revólver.

Algo invisible le golpeó duramente los nudillos. Chapman lanzó un aullido de dolor y soltó el arma. El bastón volvió a golpear de nuevo, pero ahora en un pómulo, lo que hizo que Chapman cayera al suelo, en donde quedó a gatas, gimiendo lastimeramente. Teal aprovechó la postura y descargó un terrible, bastonazo en las posaderas del sujeto.

Chapman lanzó un feroz aullido.

—¡Basta, no me pegue más! —pidió—. Maldita sea, ¿qué le he hecho yo para que me trate de esa forma?

—Robaste un sobre a una chica —dijo el joven severamente—, ¿Quién te lo ordenó?

—Sphyles...

—¿Sphyles? —repitió Teal, sorprendido—, Pero si los tipos de la cazadora negra mataron a sus dos guardaespaldas... Ahí hay algo que no concuerda, Lou.

Chapman se levantó, frotándose alternativamente el trasero y el pómulo.

—Bueno, yo ya sé que esos dos chicos liquidaron a los guardaespaldas de Sphyles —dijo—. Pero es que ellos y yo trabajamos independientemente.

—A ver, explícate mejor; no acabo de entenderte.

—Bueno, Sphyles va y me encarga robar el sobre. Según me dice cómo puede ir la cosa, yo veo que quizá se complique, de modo que me busco a mis dos amigos y les pido que me echen una mano, para permitirme largarme sin problemas. A ellos les gusta embromar a la gente, ¿sabe?

—Sí, se divierten enormemente con su moto y su pistola —contestó el joven.

Chapman se encogió de hombros.

—Eso son asuntos suyos. Yo no me meto en lo que hacen aunque, a veces, admito que les ayudo un poco si me lo piden.

—No me extraña en absoluto. De modo que robaste el sobre y lo entregaste a Sphyles.

—Eso es. Yo ya no sé nada más y en todo lo que ha pasado después ya no tengo nada que ver. Si mis amigos se han contratado para «apiolar» a alguien, es cosa suya.

—Tus amigos, ¿eh? —dijo el joven repentinamente—. ¿Cómo se llaman?

Chapman apretó los labios. Súbitamente, Teal movió el bastón invisible y le golpeó en la frente.

El hampón se tambaleó.

—Está bien..., está bien..., Le diré los nombres, aunque no sé dónde viven... Eso no se lo dicen ni a su padre...

—Vamos, suéltalo ya de una vez.

—Elko Zandor y Troy Besletti es todo lo que puedo decirle.

Teal entornó los ojos. Recordaba muy bien a los dos asesinos. De repente, se le ocurrió una idea, aunque se abstuvo de expresarla en voz alta.

—Voy a hacerte una advertencia, Lou. No les digas a esos dos rufianes que hemos estado hablando. Puede que fueran a

buscarme a mí, pero tú no lo pasarías mucho mejor, si se enteran de que has abierto el pico.

—Está bien —contestó Chapman de mala gana—. Oiga, ¿con qué diablos me ha pegado?

—Con nada —sonrió Teal—. Son ilusiones tuyas. Mira, tengo la mano vacía.

Teal se había cambiado el bastón de mano. Chapman, incrédulo, alargó la suya y tocó la del joven, sin encontrar nada.

—Ya te dije antes que era un gran mago —se despidió el joven.

* * *

—Myrna, ¿sabes conducir? —preguntó Teal a la mañana siguiente.

Ella le miró sorprendida.

—Claro que sí —contestó—. ¿Por qué lo dices?

Teal hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos a rodar un poco por la ciudad —dijo.

Ella cogió su bolso y le siguió sin pronunciar palabra. Cuando estuvieron en el coche, Teal dijo:

—No sé dónde está ni siquiera puedo asegurar que haya acertado, pero creo que se trata de un taller pequeño, seguramente dedicado sólo a reparar motocicletas.

—Creo que comprendo —respondió Myrna.

—Muy bien. En tal caso, ármate de paciencia, porque vamos a recorrer la ciudad, calle por calle, hasta que demos con el objetivo.

—Los asesinos de la motocicleta.

—Exactamente.

—Supongamos que los encuentras —dijo la muchacha—. ¿Qué harás entonces?

—Jugarles una mala pasada —contestó Teal.

Al sentarse en el coche, desplegó un plano de la ciudad e indicó a la muchacha la ruta que debía seguir.

—Conduce despacio, pero no demasiado y, sobre todo, pon cuidado para que no nos digan nada los policías de tráfico.

—Descuida, Dennis.

Durante los tres días que siguieron, realizaron una tediosa labor de búsqueda, deteniéndose siempre a prudente distancia de los lugares que les parecían sospechosos. Al cuarto día, al final de una calle solitaria, con algunos edificios abandonados y medio en ruinas, oyeron un fuerte petardeo.

Teal señaló la próxima bocacalle.

—Párate al doblar la esquina —indicó.

Myrna lo hizo así. Teal se apeó del coche, retrocedió un poco y se asomó la cabeza en parte.

El taller era un cobertizo de medianas dimensiones, con algunos neumáticos viejos y restos de motocicletas en la explanada delantera. Al otro lado había un gran solar, con enormes montones de escombros, entre los que ya crecían los hierbajos.

Una moto salió de pronto, con el escape a todo estruendo, y se dirigió hacia el solar. El conductor estuvo un buen rato probando el vehículo. Luego, satisfecho al parecer, regresó al taller.

Otro hombre esperaba en la puerta. El piloto hizo gestos de asentimiento. Teal alcanzó a escuchar una frase.

—Mañana, a las doce...

El joven comprendió que los asesinos preparaban un golpe. Retrocedió cautelosamente y volvió a entrar en el coche.

—Vámonos —dijo.

Myrna arrancó en el acto.

—¿Son ellos?

—Sí. Los he reconocido perfectamente, aunque ahora no usan peluca.

—¿Cómo?

—Cuando quieren actuar, se ponen las cazadoras negras y pelucas de largas melenas. Así pasan por unos de esos «Ángeles del Infierno», ¿entiendes?

—Astutos los tíos —calificó ella.

—Pero, sobre todo, despiadados.

Teal sonrió.

—Lo que no saben es que mañana se van a llevar una enorme sorpresa —añadió.

Myrna quiso preguntar al joven en qué consistía la sorpresa que, sin duda, pensaba proporcionar a los asesinos, pero no se atrevió, temerosa de no recibir una respuesta.

Había pasado apenas el mediodía y regresaron a casa. Después de tomar un bocadillo, Myrna volvió al trabajo, interrumpido durante aquellos días, y el joven se dispuso a despachar la correspondencia.

Un cuarto de hora más tarde, Myrna oyó a Teal lanzar una exclamación de disgusto:

—¡Eso no me lo esperaba yo!

—¿Qué pasa? —inquirió la muchacha.

Teal hizo una mueca.

—Un mal asunto —dijo.

—Supongo que se trata de una contrariedad, pero, ¿es grave?

—Según se mire. Prácticamente, sólo me queda la pelusilla en los bolsillos del traje.

—¿Quiere eso decir que... no tienes dinero?

—Hombre, aún puedo comer un par de semanas, pero, después... El préstamo que me hizo el pobre Jerry sirvió para pagar muchas deudas. Ahora me dicen que no pueden concederme otro préstamo. El Banco, claro.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —dijo él, muy fastidiado—. Necesitarías seis meses más de plazo. Creo haber dado con la solución definitiva, pero preciso ese tiempo para hacer todas las pruebas necesarias.

—Y si no tienes dinero...

—En primer lugar, no podré pagarte el sueldo convenido. Y, en segundo, tendré que buscarme un empleo. No me costará mucho conseguirlo; en realidad, ya he tenido un par de excelentes ofertas, pero el trabajo me impediría continuar mis investigaciones.

—Ahora no se puede decir que te pases el día en el laboratorio —sonrió Myrna.

—Sí, pero es una suspensión temporal. Cuando inicie la serie de pruebas finales, tendré que vigilar el proceso constantemente. Por supuesto, no me pasaré en el laboratorio las veinticuatro horas del día, pero en ningún caso los intervalos de descanso podrán pasar de cuatro o cinco horas. Y eso, con un empleo fijo, no podría ser ni tampoco hacerlo durante los fines de semana.

Myrna meditó unos instantes. Luego, de pronto, alzó la cabeza.

—Dennis, en tu opinión, ¿qué dinero necesitarías para salir adelante? —preguntó de sopetón.

—Oh, no demasiado. Cancelé todas mis deudas..., pero de algo tengo que vivir durante seis meses y, además, debo pagarte tus sueldos.. Pongamos seis mil dólares, porque los materiales no cuestan apenas...

—De acuerdo, te prestaré esos seis mil dólares. Mejor dicho, dos mil cuatrocientos. Los tres mil seiscientos restantes, los tomaré como mi sueldo, y ya me devolverás el préstamo cuando tengas dinero.

Teal se quedó con la boca abierta.

—Si mal no recuerdo, te di un empleo porque no tenías trabajo —dijo.

—Pero entonces no había vendido aún los terrenos de Sandy Creek.

—¿Qué dices?

—Ya lo has oído. El señor Clayborne consiguió que el comprador le pagara cincuenta mil dólares por mis tierras. —

Myrna sonrió deliciosamente, a la vez que abría el bolso y sacaba un talonario de cheques—. ¿Has dicho seis mil dólares?

—Espera un momento, por favor —rogó Teal.

Se levantó del sillón, fue hacia una consola, destapó una botella, puso dos dedos de whisky en un vaso y se lo bebió de un trago.

—Ahora ya me siento mejor —sonrió—. Creí que iba a desmayarme...

—¿Dijiste seis mil? —insistió ella.

—Para este mes, necesitaré cuatrocientos, ya sabes: comida, gasolina y otros gastos menudos.

—¿Y si surgen gastos imprevistos?

Teal abandonó la habitación y volvió a poco con un sombrero viejo en la mano.

—Una limosna, por amor de Dios —dijo.

Myrna se echó a reír. Mientras el joven estaba fuera había llenado un cheque y lo puso dentro del sombrero.

—Mucha suerte, hermano —deseó.

CAPITULO X

—Tenemos que salir —dijo Teal a la mañana siguiente.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—Puede pasar.

Teal miró fijamente a la muchacha.

—Myrna, no voy a ocultarte lo que quiero hacer —dijo—.

Voy a tratar de vengar a Olga Cattin.

Ella inspiró con fuerza.

—¿Qué piensas hacer?

—Son dos sujetos despiadados, unas fieras salvajes de dos patas, que no merecen seguir viviendo. Puede que esté bien lo que quiero hacer, puede que algún día me lo recrimines; puede, incluso, que llegue a sentir remordimientos, pero por nada del mundo dejaría de hacerlo. Les vi matar a sangre fría a dos tipos y quizá no eran mucho mejores que ellos, pero los seres como Zandor y Besletti están mejor bajo seis palmos de tierra.

Myrna asintió.

—Creo que tienes razón —dijo—. No puedo aprobar lo que quieres hacer, pero te comprendo. ¿Cuál es tu plan?

—Puedes correr riesgos...

—Deja eso ahora. ¿Cuál es el plan?

—Ven conmigo y lo sabrás. Tú conducirás, ¿comprendes?

—De acuerdo.

Media hora más tarde, se detenían frente al taller de reparaciones.

—Mantén el motor en marcha —susurró Teal.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento. Teal se apeó del automóvil y se acercó a la puerta del taller, junto a la cual se veía un potente «Harley-Davidson», completamente nueva y resplandeciente en todos sus metales. Un hombre joven, vestido con un mono, le miró inquisitivamente.

Al fondo, otro hombre, de la misma edad, trabajaba con una lima en un banco, rebajando una pieza de metal. Teal se acercó al primero con paso mesurado.

—Hola, amigo. Mi coche tiene un pequeño fallo...

De pronto se interrumpió y simuló poner cara de susto.

—Dios, no..., no puede ser...

—¿Qué le pasa, amigo? —preguntó el mecánico, extrañado.

Teal dio media vuelta y echó a correr, a la vez que chillaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Son ellos! ¡Los asesinos de Olga Cattin!

Entró en el coche como una tromba y aulló:

—¡Arranca, rápido!

Myrna obedeció en el acto, mientras Teal se volvía hacia el taller,

en cuyo interior se había producido un considerable revuelo. Sonrió para sí; Zandor y Besletti habían caído en la trampa.

—Sigue recto, hasta el primer desvío a la izquierda. Métete entonces por ese camino y pisa fuerte el acelerador —ordenó Teal.

La joven asintió. Teal se volvió hacia el taller, que se quedaba atrás rápidamente.

Cuando estaban llegando a la bifurcación, vio salir a la motocicleta a todo gas

—¡Ahí vienen!

—Nos alcanzarán —se alarmó la muchacha.

—Sí, pero cuando yo lo diga. De todos modos, ahora tienen una pequeña desventaja. La «Harley» lleva doble peso y eso siempre se nota.

El camino por el que circulaban corría entre colinas con bastante arbolado. Era muy sinuoso y abundaban las curvas de corto radio. Los neumáticos del coche chirriaron casi constantemente.

De pronto, el coche entró en una recta de unos trescientos metros de longitud. A la derecha, se iniciaba una curva de casi noventa grados.

—Myrna, prepárate y frena apenas hayas doblado la curva —indicó el joven—. Arrímate a la cuneta y espera.

—Está bien.

Myrna aceleró al máximo. Teal volvió la cabeza.

La motocicleta, tripulada por los asesinos, se acercaba con notable rapidez. Teal se dio cuenta de que habían recurrido a sus disfraces.

—Eso os ha hecho perder treinta segundos —murmuró.

El coche empezó a virar, a la vez que perdía velocidad. Segundos después, Myrna clavó las cuatro ruedas en el suelo. Hubo un ligero coleo del vehículo, pero, al fin, se detuvo sin inconvenientes.

Casi en el mismo instante, surgió la motocicleta a más de ciento treinta kilómetros a la hora. Pero el piloto se dio cuenta de que iba a estrellarse contra un coche que rio esperaba hallar detenido y viró bruscamente en sentido contrario.

Aplicó los frenos a fondo. La motocicleta siguió adelante, lanzada como un obús.

Los frenos no funcionaron. Sobre el estruendo del motor, se oyó un alarido de pánico.

La motocicleta, desviada, cruzó la carretera en sentido oblicuo y se dirigió hacia el borde opuesto, en donde empezaba un barranco de varias decenas de metros de profundidad. El «paquete» de la moto intentó saltar, pero ya era tarde.

Disparada como un proyectil, la motocicleta saltó al vacío. Durante un segundo pareció como si fuese a seguir su vuelo en línea recta. Luego inició un inexorable descenso.

Los dos ocupantes se alejaron de la máquina, agitando grotescamente brazos y piernas mientras volaban por los aires. Luego cayeron y desaparecieron de la vista de Teal y la joven.

Myrna estaba pasmada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Teal tenía una mano aplicada a la oreja. Del fondo del barranco llegó un repentino estruendo.

—Esto es música celestial —dijo sonriendo.

Inmediatamente, se apeó y corrió hacia el borde del camino, Myrna le contemplaba, sin atreverse a dejar el coche.

El joven regresó momentos más tarde.

—No creo que se hayan matado —dijo.

—¿No piensas hacer nada?

—Avisaré a una patrulla de carreteras. No me tomes por un ser cruel; nunca lo he sido, pero esos tipos se merecían una dura lección. Sinceramente, creo que se salvarán.

—¿De veras?

—Sí. El terreno es relativamente blando y han rodado por la pendiente, pero habrán sufrido un montón de fracturas. De todos modos, cuando se recobren, la policía tendrá muchas cosas que decirles. Del hospital a la cárcel para toda la vida, créeme.

Teal se abrió la portezuela del lado izquierdo.

—Déjame, yo conduciré a la vuelta —pidió.

Ella se sentó en el asiento contiguo. Teal maniobró para dar la media vuelta y emprendió el regreso de inmediato.

—Tú sabías lo que les iba a suceder —dijo Myrna al cabo de unos momentos.

—Lo admito. Fui esta noche al taller, a la madrugada, y manipulé en los frenos de la motocicleta. No corté los cables por completo, porque lo habrían notado de inmediato. Pero el piloto tuvo que frenar súbitamente, a más de ciento veinte por hora y con un peso doble del normal, los cables no resistieron la tensión y se rompieron,

—Pero ¿sabías cuándo sería el momento apropiado?

—Estudié el trayecto previamente. ¿No estudiaban también ellos las costumbres de sus víctimas?

Myrna sonrió.

—Eres un hombre terrible —dijo—. No desearía ser tu enemiga por nada del mundo.

—Besletti y Zandor no estaban acostumbrados a que otros empleasen sus mismos métodos, eso es todo.

Cuando llegaban a las inmediaciones del taller, vieron un coche de patrulla. Teal informó del accidente y luego siguió su ruta. Myrna vio con gran asombro que el joven detenía el automóvil delante del cobertizo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Quiero echar un vistazo a este antro de asesinos —respondió él.

* * *

Al fondo del taller había una especie de garita acristalada, situada en alto, a la que se accedía por medio de una empinada escalera de peldaños de madera. Teal subió sin vacilar a aquella especie de escritorio y en el acto, empezó a registrar todo cuanto se ponía al alcance de su mano.

Myrna le contemplaba en silencio, sin atreverse a interrumpir su tarea. Pasados unos minutos, Teal encontró algo que le pareció interesante.

—Mira esto —dijo.

Era una vieja libreta de anotaciones, con tapas negras, en la que se expresaban lo que parecían ser unos ingresos por el cobro de algún trabajo de reparaciones. Pero el montón de la factura resultaba muy elevado, estimó el joven.

—Aquí, fíjate —continuó—, pone algo muy interesante. «M. S., por M. W., \$ 2.500».

—Eso parece el cobro de una factura de reparaciones —dijo Myrna.

—Casi podría comprar un coche nuevo —sonrió él—. Traduciré: «Morgan Sphyle, por liquidar a Marcos Wean,' dos mil quinientos dólares.»

Myrna lanzó una exclamación y se puso una mano en el pecho. Teal continuó leyendo:

—«T. S. K., por K. E. y R. L., \$ 3.500...» lo cual quiere decir que un tipo cuyo nombre empieza por las iniciales T. S. K., pagó tres mil quinientos dólares por Keith y Rissi y Rissi Linno, los cuales, como recordarás, fueron acribillados a balazos en la puerta de mi casa. Pero todavía hay más anotaciones. Esta, por ejemplo: «T. S. K., por O. C., \$ 4.000». Es decir, el mismo desconocido pagó por la muerte de Olga nada menos que cuatro mil dólares.

—Un precio muy alto —calificó la muchacha.

—Sin duda, lo merece. Si pudiera saber quién es ese T. S. K...

Teal se mordió los labios. Ella le miró inquisitivamente.

—¿No hay más anotaciones, Dennis?

—Sí, pero son anteriores y de tipos a los que no conocemos, seguramente, ejecutados también por esos dos canallas. Se merecían mucho más de lo que les ha pasado, créeme.

—Sí, ya no hay duda alguna —convino ella—. ¿Qué más?

Teal pasó un par de páginas de la agenda. De pronto, encontró una extraña lista, alguno de cuyos nombres le resultó vagamente conocido.

El nombre de su amigo Jerry Haynes figuraba al final de la lista. Delante de él, había siete más, tres de mujeres y cuatro de hombres, y todos éstos, en el lado izquierdo, tenían trazada una diminuta aspa roja.

El nombre de Haynes no llevaba ninguna señal. Teal se preguntó qué significaba aquella lista en poder de dos peligrosos asesinos.

De pronto, se oyó una voz abajo, en el taller:

—¿Eh, no, hay nadie aquí para atender a un cliente?

Teal miró a través de los cristales y vio a un desconocido. Hizo una señal a Myrna y se dirigió hacia la escalera.

—No te muevas —indicó en voz baja.

* * *

El hombre era alto, robusto, bien parecido y, aunque daba la sensación de ser joven, Teal estimó que ya había cumplido de sobra los cuarenta años. Vestía con cierto descuido, que se debía más a comodidad que a desidia o falta de higiene, ya que se le veían ropas nuevas y de calidad.

—Hola —dijo el sujeto—. Soy Tom Simmons. Ando buscando a los chicos que regentan este taller.

Teal vio fuera una motocicleta nueva, flamante, de la misma marca que la de los asesinos

—Yo también los busco —contestó el joven sonriendo—. Pero no están. Han debido de salir.

Simmons torció el gesto.

—Es una lástima. Tenía algo urgente que decirles....

—Si puedo ayudarle, lo haré con mucho gusto, señor Simmons.

—¿Usted? No creo...

Teal señaló con el pulgar a sus espaldas.

—He comprado este local —dijo.

—No sabía que estuviese en venta —manifestó el hombre, asombrado.

—Pues así es. Elko y Troy son ahora mis empleados, pero me parece que los voy a despedir. No me gustan los gandules, señor

Simmons.

—Vaya, ésa sí que es una noticia sorprendente... Bien, como digo, no sabía nada. De todos modos, ¿querría hacerme un favor?

—Claro, amigo, ya le dije antes que me gustaría ayudarle.

—Si los ve, dígales que se pongan en contacto urgente conmigo. Los necesito para una reparación extra. —Simmons sonrió—. Puede que sean algo vagos, pero tienen manos de ángel cuando se trata de reparar motocicletas.

—Entiendo. ¿No quiere darme su número?

—No es necesario. Ellos ya saben cómo ponerse en contacto conmigo. Hasta la vista.

Simmons dio media vuelta. Entonces, Teal, acometido por una súbita inspiración, dijo:

—Acaso quería pedirles su colaboración para hacer que algún ciudadano abandone este mundo contra su voluntad.

Simmons se detuvo en seco. Permaneció así un instante y luego se volvió. Teal sintió miedo al captar la terrible malevolencia de la mirada del otro.

—No entiendo lo que dice —habló Simmons muy lentamente.

Teal levantó ostentosamente su reloj de pulsera.

—Elko y Troy tenían que hacer algo a las doce. ¿Ha venido usted a indicárselo?

Inesperadamente, Simmons disparó el puño derecho. Teal, sorprendido, apenas pudo desviar un poco el rostro. El golpe, sin embargo, le alcanzó de lleno en el hombro derecho y le hizo dar una vuelta sobre sí mismo.

Arriba, Mirna chilló.

El grito de la joven sobresaltó a Simmons, que no esperaba hubiera otra persona en el taller. Inmediatamente, Simmons dio media vuelta y corrió hacia la motocicleta, en la que cabalgó de un salto, para salir disparado escasos segundos más tarde. Antes de que Teal consiguiera recuperarse, el sujeto había desaparecido por completo.

Myrna corrió hacia el joven, que se había sentado en el suelo y se frotaba con la mano izquierda el hombro dolorido.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ese hombre tiene la cox de un mulo —se lamentó Teal—. Si me pilla bien, me parte la mandíbula.

—¿Tenía algo que ver con los asesinos?

—Probablemente, venía a contratar algún crimen. Ayer oí algo a Zandor sobre la moto, que estaría en perfectas condiciones para las doce de hoy. Simmons ha venido a buscarlos, aunque ignora que esos dos asesinos van camino del hospital.

Teal hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie.

—De todos modos, no nos vamos de vacío —dijo, a la vez que palmeaba el bolsillo donde guardaba la libreta de notas.

—¿Crees que esa agenda puede resultarte útil, Dennis? —preguntó Myrna.

—Puedes estar seguro de ello, y te diré más todavía: Su utilidad resultará mucho mayor cuando sepa descifrar el significado de esa lista, en la que el nombre de mi amigo figura en último lugar —contestó Teal resueltamente.

CAPITULO XI

Dos días más tarde, Teal llegó a su casa hecho una lástima. Myrna se asustó al verle.

—¿Qué sucede, Dennis? —preguntó.

—Ya sé qué significa esa lista —contestó él.

Myrna adivinó lo que Teal quería decirle. El joven se refería a la lista de ocho nombres, finalizada por el de Haynes.

—Habla, no me tengas sobre ascuas —pidió.

—Siete personas de ambos sexos han muerto en el espacio de otros tantos meses. Todas ellas eran gente adinerada... con mucho dinero, como Jerry.

Ella se tapó la boca con una mano.

—¿Los asesinaron?

—Han fallecido por causas naturales Dos de cáncer, tres paros cardíacos y dos insuficiencias respiratorias.

—¿Cómo lo sabes?

—Recordé algunos nombres y los comparé con los de la lista que me dio Olga. He examinado los registros, eso es todo.

—Bueno, si murieron por causas naturales, no se puede hablar de asesinato —alegó la joven.

—Es cierto, pero, entonces, ¿por qué tiene que figurar Jerry en esa lista fatídica? Tú misma la has visto: los siete fallecidos tienen trazada un aspa roja a la izquierda de cada nombre. Falta la correspondiente a Jerry.

—Entonces, ¿qué sospechas?

—Asesinatos, simplemente. Disfrazados bajo la apariencia de enfermedades corrientes, pero mortíferas.

—Si eso es verdad, habrá tenido que intervenir algún médico. No se concede un permiso para enterrar a una persona sin un certificado competente, Denis.

—Claro que no...

Repentinamente, Teal chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —dijo—. Ya he encontrado la solución.

Ella le miró esperanzada.

—¿Sí? —murmuró.

—La clínica —manifestó él—. ¿Recuerdas? Jerry dijo que iba a internarse en una clínica. Hablé con el doctor Limmington y me dijo que el director de esa clínica no permitía en absoluto las visitas a los pacientes.

—Creo que tienes razón —dijo Myrna—. Jerry está en esa clínica y...

—Y, a su debido tiempo, morirá asesinado, pero en apariencia de cáncer, que fue lo que se le diagnosticó.

—Bien, admitámoslo. Supongamos que lo matan. ¿Por qué, Dennis?

—¿Por qué? —repitió él—. ¡Por dinero, naturalmente!

—¿Estás seguro?

—Lo dijo Olga. Era un asunto de cientos de miles de dólares. Imagínate, siete enfermos, aunque nada más sea que a cien mil dólares cada uno, representa un total de setecientos mil dólares. Ochocientos mil, si contamos a Jerry.

—Bueno, pero, ¿cómo les sacan el dinero?

—No lo sé. Supongo que les pasaron unas facturas exorbitantes... o quizá les convencieron para que hicieran donaciones en favor de investigaciones médicas... De otro modo, ¿cómo explicar esa serie de asesinatos que se han cometido?

—Aun así, no están totalmente explicados —objetó Myrna.

—Sí, lo sé, y tampoco importa tanto la explicación. Lo que interesa de verdad es encontrar a Jerry y salvarle la vida.

—Si está tan enfermo, ya no habrá esperanzas...

Bruscamente, Teal pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡No puede ser! —exclamó furiosamente—. El historial clínico tenía que estar falseado a la fuerza.

—¿Tú crees?

El joven se levantó.

—Conocía bien a Jerry y, aunque sea cierto que estuviera enfermo, no creo que se tratase de una dolencia galopante. Simplemente, le enseñaron unos análisis falsos y él se lo creyó y aceptó internarse en la clínica del doctor Karkhov. Cuando uno se siente gravemente enfermo, se agarra a un clavo ardiendo, ¿comprendes?

—Sí. Por tanto, vas a intentar averiguar dónde está esa clínica

—Exactamente. Myrna, no te muevas de casa; volveré lo antes que pueda. Y, desde luego, no abras a nadie.

—Descuida, Dennis; aquí me tendrás a tu vuelta —contestó ella.

Teal se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Creo que volveré con la respuesta —dijo.

—Te la dará Limmington —supuso Myrna.

—No. Otra persona... Si acusara a Limmington, probablemente haría el ridículo, aunque correría el riesgo, si veo que no queda otro remedio. Pero prefiero hablar con Elko Zandor.

—El piloto de la «Harley».

—Exactamente, preciosa.

Se puso la bata blanca, Colocó la tarjeta que había preparado en una tienda cercana al hospital, en la que también había comprado un estetoscopio, y luego se caló unas grandes gafas de color. Después, avanzó con paso sereno por el corredor, hacia una habitación determinada.

Abrió la puerta. Una enfermera atendía al paciente y se volvió.

—Perdone —sonrió el joven— Soy el doctor Teal, gran amigo de este pobre hombre. Me he enterado de que sufrió un terrible accidente y quiero ver cómo se encuentra.

—No demasiado bien, doctor —contestó la enfermera—. Los mínimos vitales se mantienen a duras penas, aunque creo que logrará recuperarse. Salvo complicaciones de última hora, por supuesto.

—Sí, claro... ¿Me permite?

La enfermera se apartó a un lado. Mirando de reojo al sujeto que, vendado como una momia, yacía bajo la campana de oxígeno, Teal simuló examinar la hoja clínica de los pies de la cama. Zandor tenía una aguja clavada en la vena, por la que le llegaba el suero de la botella correspondiente.

De pronto, Teal se volvió hacia la enfermera.

—¿Querría hacerme un favor, señorita? —solicitó.

—Claro, doctor. ¿De qué se trata?

Teal se palpó los bolsillos.

—Es curioso... Pensé que lo habría traído conmigo... Bueno, en fin, no importa demasiado. —Sonrió a la enfermera—, ¿Quiere anotar el número de mi despacho? Necesitaría que hiciera una llamada en mi nombre... Diga a mi recepcionista que me demoraré un poco, pero que no será demasiado tiempo...

—Con mucho gusto, doctor.

La enfermera salió momentos después. Entonces, Teal sacó una jeringuilla del bolsillo de la bata. Luego se quitó las gafas de color y levantó la tienda transparente.

—Elko, ¿me conoces?

El asesino se estremeció.

Teal acercó la punta de la aguja al tubo de plástico que comunicaba la botella de suero con la vena del herido.

—Son veinte centímetros cúbicos de morfina —dijo—. Si te la inyecto en las venas, morirás antes de diez minutos. Por supuesto, no sentirás dolor...

La aguja atravesó el plástico. Zandor hizo un esfuerzo desesperado.

—Hablaré... hablaré... —dijo con voz apenas audible.

—Gracias, muchacho. Tú tenías una lista de ocho nombres, siete de ellos con un aspa roja. Eso significa que han muerto... ¿dónde?

—En la clínica., de Karkhov...

—Sí, ya lo sé, pero... ¿dónde está?

—Low... Hill... es todo lo que sé...

—Suficiente.

Teal retiró la jeringuilla y dejó la tienda tal como estaba, justo a tiempo de ver a la enfermera que regresaba nuevamente.

—He comunicado su recado, doctor. La recepcionista ha tomado nota y me ha dicho que lo informará a los pacientes que le aguardan.

—Muchas gracias, señorita. He podido comprobar que mi amigo está perfectamente atendido. Adiós, hasta la vista.

—Adiós, doctor.

Teal sonrió para sí. Desde una cabina, había advertido a Myrna para que desempeñase el papel de recepcionista. El truco no había podido resultar mejor.

De pronto, cuando doblaba la próxima esquina del corredor, vio aparecer a un hombre vestido como él, con bata blanca.

Teal retrocedió de inmediato. No quería que le viera Limmington.

* * *

El doctor Limmington tomó entre las suyas una de las manos de la mujer y la palmeó afectuosamente.

—Animo, señora Ryan —dijo—. Puedo garantizarle que el doctor Karkhov hace verdaderas maravillas. Su caso es grave, pero no desesperado. Le aseguro que antes de dos meses se sentirá como nueva.

—Si eso fuese cierto... —contestó la mujer con acento afligido.

—Las garantías son totales, señora Ryan —insistió Limmington.

—Muy bien. En tal caso, mañana iré a la clínica de Low Hill, doctor.

—El doctor Karkhov la estará aguardando, señora.

La mujer echó a andar hacia el ascensor. Limmington se retiró a su despacho.

Cuando Flora Ryan salió del ascensor, en la planta baja, Teal salió a su encuentro.

—Discúlpeme, señora. ¿Podría hablar unos momentos con usted?

Flora leyó la tarjeta que había en el pecho del joven y asintió.

—Desde luego, doctor Teal —accedió—. ¿De qué se trata?

Teal la miró un instante. Flora era una mujer próxima a los cincuenta años, pero todavía con una apariencia bastante

agradable. La ropa y las joyas que llevaba indicaban claramente su posición económica.

—Se lo diré en seguida, pero no aquí —contestó al cabo—. Venga, por favor.

Teal condujo a la mujer hasta un cuartito vacío. Cerró la puerta y volvió a mirarla.

—El doctor Limmington le ha dicho que tiene usted una grave enfermedad, señora Ryan.

—Sí. Insuficiencia coronaria...

—¿Le ha dado algún documento para el doctor Karkhov?

—Bueno, aquí tengo un sobre... Ha dicho que mañana enviará el historial clínico...

—Usted es muy rica, ¿verdad?

Flora respingó.

—Doctor, ¿qué se propone usted? —protestó airadamente.

—Calma, señora Ryan, por favor. No se excite, se lo ruego. Sólo quiero pedirle que no vaya a esa clínica, por nada del mundo. Si se interna allí, sólo saldrá para ir al cementerio.

Ella se puso una mano en el pecho.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa? Un médico me dice que estoy muy grave pero que puedo curarme... otro me asegura que voy a morir... ¿No quiere hablar claro de una vez, doctor Teal?

El joven inspiró con fuerza.

—Hablaré, pero voy a pedirle que guarde el secreto más riguroso, señora Ryan —contestó.

Cuando terminó de hablar, Flora sentía las piernas sin fuerzas y tuvo que sentarse.

—¿Todo eso... es cierto?

—Rigurosamente cierto, señora —confirmó Teal—. Permítame un consejo: apenas salga de aquí, vaya a consultar a un especialista en medicina del corazón. Puedo apostarle con toda seguridad a que el suyo está en perfectas condiciones.

Flora le miró con ojos esperanzados.

—Si eso resulta cierto, le deberé eterna gratitud, doctor Teal —respondió.

El joven sonrió, a la vez que abrió la puerta.

—Vaya a visitar a un buen especialista —insistió.

Teal se quitó la bata a continuación, separó la tarjeta y la tiró a un rincón. Luego guardó los lentes de color en el bolsillo de la chaqueta y salió con paso natural del hospital.

Cuando llegó a su casa, le aguardaba una sorpresa.

—Has hecho muy bien el papel de recepcionista, Myrna —elogió, sonriendo.

—Gracias. ¿Conseguiste algo?

—Creo que sí. Voy a tomar un poco de café...

—Aguarda un momento —pidió la muchacha.

Teal se volvió.

—¿Algo nuevo?

—Muy interesante. Se me ocurrió repasar los documentos de venta de Sandy Creek y, ¿qué crees que encontré?

—Dímelo tú, por favor.

—Me acordé de que había visto las iniciales T.S.K. en alguna parte y pensando que podían tener relación con las tierras de Sandy Creek, revisé los documentos, como te he dicho. El comprador se llama Thomas Simmons Keogh.

—Tom Simmons, el tipo que iba a buscar a los asesinos.

—Exactamente, el mismo. Tiene unas tierras lindantes con las mías y quería ampliar la propiedad, por eso compró. El vive en una villa situada en Low Hill, al lado de mis tierras...

—¡Low Hill! —exclamó él.

—¿Conoces el lugar?

—No he estado nunca, pero puedo apostar, sin temor a error, que es allí donde está la famosa clínica del famoso doctor Karkhov, el hombre que asegura curar las más graves enfermedades.

—Pero mata a sus pacientes.

—Después de haber saqueado sus cuentas corrientes, Myrna.

—Bien, puesto que sabemos dónde está Jerry, ¿cuándo ensillamos?

Teal sonrió.

—¿Es preciso ir a caballo para rescatar a mi amigo?

—Bastará un buen coche —respondió ella jovialmente.

Teal echó un vistazo a su reloj.

—Mañana, a primera hora de la mañana —decidió.

CAPITULO XII

La propiedad estaba rodeada por un alto muro, que sólo permitía ver las copas de los árboles. Teal se acercó a la verja de la entrada, apreciando que había sido cubierta con una plancha de hierro, sujeta a los hierros, lo cual impedía asimismo la visión del interior del parque.

—No tendremos otro remedio que escalar la tapia —dijo.

—¿Por aquí? —preguntó Myrna.

Teal hizo un gesto con la cabeza.

—Ven, sígueme —dijo.

Ambos se habían equipado con ropas apropiadas para la ocasión. Myrna usaba un pullover de cuello alto y pantalones negros. La indumentaria de Teal era similar.

Momentos después, se hallaban en la parte posterior del recinto. Con el asombro de costumbre, Myrna vio que el joven hacía algo con las manos. Luego las movió hacia lo alto y dio un par de tirones.

—La cuerda es absolutamente transparente, pero tiene nudos —dijo él—. De todos modos, yo subiré primero y luego te ayudaré a ti.

—Está bien.

Cuando pasaron al otro lado, se quedaron estupefactos al ver una casa más bien corriente, de dos pisos, en lugar de la lujosa clínica que parecía propia de la reputación de Karkhov. Teal se convenció entonces de que jamás los pacientes de Karkhov habían sido elegidos por su enfermedad difícil de curar, sino por el volumen de sus cuentas bancarias.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —cuchicheó Myrna.

—Buscaremos a Jerry y nos lo llevaremos como sea. Después, llamaremos a la Policía...

—Podías haberlo hecho antes, ¿no?

—Tal vez lo habrían asesinado, para evitar pruebas en contra. Es mejor de esta manera, ya que ellos no nos esperan en absoluto.

—Muy bien. Ahora la pregunta es: ¿cómo entramos en la casa?

Teal agarró la mano de la joven y tiró de ella.

—Ven, por aquí.

Segundos más tarde, alcanzaban la puerta posterior. Teal la abrió un poco. Vio un cuarto destinado a guardar trastos viejos, entró en la casa, llegó a otra puerta y al abrirla, vio una cocina, en la que trasteaba una mujer de edad.

Con el índice en los labios, aconsejó silencio a la muchacha. Esperó unos momentos. Al fin, la mujer cargó una bandeja con un servicio de desayuno y salió de la cocina.

Teal aprovechó para pasar al otro lado. Dentro de la casa sonó una voz de hombre:

—Lléveme el desayuno a mi despacho, señora Lane.

—Sí, doctor —contestó la mujer.

Teal se asomó al vestíbulo, desierto en aquellos momentos. Vio una escalera que conducía al piso superior y, sin vacilar, echó a correr, remolcando a Myrna, que no se quedó rezagada.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Teal y la muchacha alcanzaron el corredor y empezaron a abrir puertas. De pronto, Myrna hizo un gesto con la mano.

—Aquí. Dennis —susurró.

Teal corrió hacia aquella puerta y la abrió de golpe. Inmediatamente, lanzó una exclamación de sorpresa.

Haynes estaba tendido en el lecho, terriblemente pálido, muy demacrado y con evidentes señales de debilidad. El joven se asustó al ver el aspecto de su amigo.

—Parece el fantasma de si mismo —dijo.

Entró y Myrna le siguió, cerrando la puerta a continuación. Teal se acercó al lecho y examinó la gráfica, cuyas indicaciones no le agradaron en absoluto.

Haynes parecía inconsciente. Teal levantó uno de los párpados y le examinó la pupila.

—Drogado —afirmó.

—¿Por qué? —preguntó Myrna.

—¿No te lo imaginas? Jerry es muy rico. ¿Cuánto le habrán sacado para una investigación inexistente o una fundación imaginaria? Pero no perdamos tiempo en especulaciones; vamos a sacarlo de aquí y a llevarlo a un hospital auténtico.

—Muy bien, lo que tú digas, Dennis.

El pulso de Haynes era lento, aunque regular y muy débil. Teal sintió una terrible cólera contra aquellos embaucadores que ya habían asesinado a siete ingenuos pacientes.

Cuando se disponía a apartar las ropas de la cama, Myrna lanzó una voz de aviso:

—¡Viene alguien, Dennis!

Teal la agarró por una mano y se situaron al otro lado de la puerta. Esta se abrió de inmediato.

Una enfermera entró, portadora de una bandeja en la que se veían una jeringuilla de inyecciones, una goma y algodón mojado en alcohol. La enfermera avanzó hacia la cama, sin percatarse de que había dos intrusos en la habitación..

Impulsivamente, Teal saltó hacia ella y le arrebató la jeringuilla.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó.

La mujer emitió un agudo chillido.

—¡Socorro, socorro!

Teal lanzó una maldición. Pero ya era tarde; el grito de la enfermera había salido a través de la puerta abierta y alguien, supuso, tenía que haberlo oído.

La mujer echó a correr. Teal no hizo nada por detenerla. Tomó la jeringuilla, presionó el émbolo y puso unas gotas de la droga en el dorso de su mano. Primero la olfateó y luego la probó con la punta de la lengua.

—Anestésico —dijo.

—¿Para qué? —quiso saber la muchacha.

—Para mantenerlo casi todo el tiempo inconsciente y hacerle así creer en una inexorablemente agravación de su enfermedad. Una dieta deficiente acabaría por causar la muerte por inanición, sin que el paciente se diese cuenta. Y el doctor Karkhov habría conseguido su objetivo.

—¡Bravo, bravo.! —aplaudió alguien desde la puerta—. Lo ha adivinado usted con toda exactitud, señor Teal.

Los dos jóvenes se volvieron. El hombre que se hallaba en la entrada sacó una pistola.

—Lo malo es que no va a poder repetirlo a nadie más —añadió ominosamente.

* * *

Myrna lanzó una exclamación de temor y se refugió instintivamente junto al joven. Teal pasó un brazo en torno a sus hombros.

—El buen doctor Karkhov, alias Thomas Simmons Keogh o Tom Simmons, como se quiera —dijo, tras una corta pausa—. ¿Buscaba aquel día a dos asesinos que solían usar una motocicleta para cometer sus crímenes, doctor?

—Eso no le interesa a usted. De todas formas, se curarán y podrán continuar a mi servicio.

—Lo dudo mucho. Encontré una libreta en su taller. Anotaban todas las cantidades que recibían de usted o de otros por sus crímenes. Cuando se curen, irán a la cárcel para el resto de sus días.

Karkhov respingó.

—Eso no es cierto...

—Ya lo verá —aseguró el joven—. Todo es cuestión de tiempo, doctor... —De repente, otro hombre apareció en el umbral y Teal emitió una exclamación de sorpresa, a la vez que sonreía burlonamente—. Vaya, vaya, el doctor Limmington, el hábil falsificador de historias clínicas, que luego presentaba a unos

pacientes adinerados, a fin de que vinieran a curarse con el doctor Karkhov. ¿Ha venido a ver a la señora Ryan?

Limmington se puso rígido

—¿Qué sabe de esa mujer? —preguntó.

—Oh, simplemente una cosa: hablé con ella ayer, en el hospital, y ustedes han perdido un cliente. Doctor Karkhov, ¿cuál era la media de beneficios por cliente?

—Doscientos cincuenta mil —contestó el interpelado malhumoradamente.

—Bueno, no está mal Siete clientes, en total representan un millón y tres cuartos que no destinarán precisamente a beneficencia. Mi amigo Haynes hubiera redondeado la cifra hasta dos millones, ¿verdad?

—No lo repetirá a nadie —dijo Karkhov con hosco acento.

—Es posible, pero también han de saber que el negocio se les ha acabado. Y, por cierto, ¿qué pensaba hacer con las tierras que compró a la señorita Cleveland?

—Quería ampliar mi propiedad, construir una nueva casa, plantar más árboles... Aunque usted no lo crea, deseaba tener una clínica mejor, en donde curaría efectivamente a los enfermos...

—No me diga —rió el joven—. Mató a siete, para curar a setenta... ¿Espera que me crea semejante fábula?

—Me es igual —respondió Karkhov—. De todos modos, ustedes no van a salir vivos de aquí.

—Doctor, sospecho que la enfermera no está al corriente de sus asuntos. ¿Va a matarnos aquí, a sangre fría? Tendría que matarla a ella...

—Dispara, Tom, dispara —gruñó Limmington—. Esos dos son peligrosos. Si salen de aquí, estamos perdidos.

—No puedo usar la pistola dentro de la casa —contestó el otro—. Nos los llevaremos a la linde sur de Sandy Creek. Es un lugar solitario y nadie oirá los disparos.

Karkhov movió la pistola.

—Salgan —ordenó perentoriamente.

—Un momento, por favor —pidió el joven—. ¿Por qué ordenó a los motoristas asesinar a Egan y Linno?

—Sphyle empezaba a estorbarme. Quise darle una lección.

—¿También le estorbaba Olga Cattin?

Karkhov apretó las mandíbulas.,

—Sabía cosas que podían comprometernos —contestó.

—Eso no es cierto. Sospechaba algo, pero no sabía con exactitud lo que sucedía en esta clínica. Fue una muerte inútil, doctor Karkhov. Pagaré por ello, créame.

—¿De veras? —se burló Limmington—. Cuando haya muerto, ¿a

quién le contará todo lo que sabe, señor Teal?

—Usted piensa que soy analfabeto y que no sé escribir, ¿verdad? Limmington se puso pálido.

—Ha dejado notas escritas...

—¡Pues claro, hombre! ¿Me ha tomado por tonto?

Karkhov se volvió hacia su cómplice.

—Es igual. Iremos a su casa y la registraremos de arriba abajo. Encontraremos esas notas, no te preocupes. Pero antes tenemos que acabar con ellos.

—Espere un poco, por favor —rogó Teal—. Todavía no sé por qué tuvo que morir un tal Marcus Wean...

—Eso no fue cosa nuestra. Lo hizo Sphyle.

—¿Por qué?

—Wean era un chantajista. Por mediación de Olga, se enteró de lo que pasaba... bueno, sospechó lo que sucedía, y consiguió que ella le entregase las fotocopias de unas historias clínicas. Pero Sphyle se enteró a tiempo y decidió que estarían mejor en su poder. Con esos documentos, Wean pensaba habernos sacado mucho dinero.

—Entonces, fue Sphyle quien ordenó su muerte.

—Así fue. Pero ahora, Sphyle quiere tomar parte en el negocio, cosa que, como pueden comprender, no voy a consentir. Pronto lo tendré aquí como paciente.

—Un momento —dijo el joven—. Aquí hay algo que no concuerda. Si Sphyle tenía ya el sobre, ¿por qué buscaba con tanto ahínco a la señorita Cleveland?

—Creía que había otro sobre análogo en alguna parte y que ella debía de saberlo. Wean, en fin, contrató a esa chica solamente para la operación de traslado del sobre, a fin de no ser visto en el hospital.

—Y a Sphyle, claro, no le gustó la idea.

Karkhov sonrió torcidamente.

—De Sphyle me encargaré yo en persona —contestó.

—¿De veras, doctor?

La voz que sonaba no era de Limmington. Karkhov, enormemente sorprendido, se volvió.

—¡Sphyle! —gritó.

El sujeto tenía un revólver en la mano.

—Ya no curarás más a nadie —dijo.

Y apretó el gatillo tres veces seguidas.

Limmington echó a correr, lanzando alaridos de pánico, mientras Karkhov se desplomaba, con el pecho lleno de sangre. Sphyle se volvió un poco, apuntó y disparó.

La bala alcanzó a Limmington en pleno cráneo, cuando ya ganaba la escalera. El médico dio un salto tremendo y luego cayó,

rodando aparatosamente por los peldaños, hasta llegar al vestíbulo, en donde quedó inmóvil.

Sphyle se encaró con los dos jóvenes.

—Nunca he tolerado que nadie tratase de burlarse de mí —dijo rabiosamente—. Puede que pierda un montón de dinero, pero esos dos matasanos no disfrutarán del que ganaron en esta clínica.

—Vendiendo unas vidas que luego no salvaban —dijo Teal.

—Así fue, en efecto.

—Bien, ¿y qué piensa hacer con nosotros? ¿Nos dejará vivos para que le sirvamos de testigos?

—Lo siento, lo siento muchísimo, pero no puedo...

Sphyle se interrumpió bruscamente, para lanzar un agudo grito de dolor. Con ojos incrédulos, se miró la mano en la que se había clavado profundamente la jeringuilla de inyecciones, lanzada por Teal con todas sus fuerzas.

Teal la había conservado durante todo el tiempo, pensando utilizarla como arma arrojadiza en el momento adecuado. La aguja, penetrando por el hueco entre dos dedos, se había clavado hasta el fondo y el émbolo de la jeringuilla, por la inercia, había presionado el líquido anestésico, inyectándolo por completo en el organismo del sujeto.

El revólver había caído al suelo. Teal saltó hacia delante y lo apartó de una patada. Sphyle cobró miedo súbitamente y echó a correr.

Teal sonrió.

—No irá muy lejos —aseguró.

Sphyle se había arrancado la jeringuilla, tirándola en el pasillo. Teal se inclinó y la recogió, examinándola unos instantes.

—Antes de un minuto, la droga habrá hecho efectos —afirmó.

La enfermera apareció en aquel momento. Estaba muy pálida.

—No sé quiénes son ustedes, pero quiero decirles dos cosas: una de ellas es que no tengo nada que ver con los crímenes que se han cometido aquí.

—Ah, lo ha escuchado todo.

—Sí, señor. Yo creía que el doctor Karkhov actuaba de buena fe...

—Pues no, no era así, señora. Y, dígame, ¿qué otra cosa tiene que manifestar?

—He llamado a la Policía, señor.

—Ha hecho usted muy bien —aprobó el joven.

En aquel momento, se oyó un fuerte estruendo fuera de la casa. Teal corrió hacia una ventana y vio un automóvil parado junto a la puerta. Era evidente que su conductor no había atinado a dar con la salida.

—El anestésico ha hecho su efecto —sonrió alegremente—.

Sphyle se va a llevar una buena sorpresa cuando despierte en un calabozo.

Luego se volvió y miró a la joven.

—Myrna, ahora sí que podré acabar mis investigaciones —añadió —, Pero antes tenemos que ocuparnos de Jerry.

—Sí, es lo primero —convino la muchacha.

* * *

Un par de meses más tarde, Myrna Teal, Cleveland de soltera, recibió a su esposo, que volvía del laboratorio, con un periódico en la mano.

—Han juzgado a Sphyle, a Zandor y a Besletti. Cadena perpetua para los tres —dijo.

—No se merecían menos —sonrió él—. ¿Alguna otra cosa, señora Teal?

—Flora Ryan ha enviado un cheque de veinticinco mil dólares, como ayuda para tus investigaciones. ¿Lo aceptamos?

—Es la décima parte de lo que hubiera podido perder, encanto.

—Sin contar con la vida, amor.

—Sí, eso era lo más valioso. Bien, le contestaré dándole las gracias y diciéndole que nos sentimos muy contentos de que tenga el corazón de un toro.

—De una vaca —rió el joven.

Myrna se echó a reír también.

—Sí, está un poco gordita —admitió.

El teléfono sonó en aquel momento. Myrna levantó el aparato.

—Residencia del doctor Teal —dijo.

Alguien habló desde el otro lado de la línea. Teal no podía entender las frases del que llamaba, pero sí percibió una voz que expresaba una cólera infinita.

Al cabo de unos momentos, Myrna asintió y dio las gracias al comunicante. Luego se volvió hacia su esposo.

—Era Stormer —informó.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —se asombró el joven.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Está que se sube por las paredes —respondió—. Jerry estuvo anoche en el Koko'mi.

—¿Y...?

—Jerry está ahora en uno de los calabozos de la Central de Policía. Creo que del Koko'mi sólo quedan las cuatro paredes.

Teal meneó la cabeza.

—No cabe duda: Jerry está definitivamente curado —dijo.

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España